

VR vida religiosa

Julio-septiembre 2022-número 7 vol.133

La vida consagrada no es noticia

Nadia Coppa:
«Hay que redefinir los votos»

Imaginación para construir
un espacio comunitario diferente

Consagrados al servicio de la vida en comunión, participación y misión

AGOSTO
13, 14, 15
de 2022

Congreso De Vida Consagrada



**HNA. ASTRID MARIA
ZAPATA GÓMEZ**

Religiosa Operaria Catequista
Doctora En Psicología Clínica



**INVITADO ESPECIAL
P. LUIS ALBERTO
GONZALO DíEZ**

Misionero Claretiano
Doctor en Teología
Director de la Revista Vida
Religiosa en España



**P. TARCISIO
GAITAN**

Religioso Pasionista
Doctor En Teología

LUGAR:

COLEGIO SAN CARLOS DE LA SALLE
(Carrera 80 Numero 15-123 Belén)
Medellín- Colombia

INSCRIPCIONES: 312 751 52 82

COSTO
\$270.000

EDITORIAL



L. A. Gonzalo Díez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

La vida consagrada no es noticia

Vivimos tiempos prorrogados de espectáculo. Todavía hay quien necesita un micrófono y unos focos para dar testimonio de fe. Si falta el escenario como que se diluye la motivación, la fuerza o la verdad, que todo puede ser. Seguimos en tiempos que fabrican estrellas, porque el sensacionalismo vende y entretiene. Pero la vida consagrada es otra cosa y en cuanto ahondas un poco lo percibes. Para ello, hay que detenerse, escuchar, pararse y pensar. Cuatro verbos de apariencia sencilla pero terriblemente complejos en nuestro presente. Porque todo es vértigo y prisa. La esencialidad de los consagrados no suele hacerse presente en los congresos, ni en los foros... Aunque congresos y foros sean muy necesarios para ayudarnos en la reflexión, levantar la mirada y objetivación. Necesitamos dejarnos mirar por

la realidad y releer por las ciencias sociales para superar cierto aire «endogámico» que frecuentemente cierra nuestras expectativas y posibilidades. Sin embargo, no somos un cuerpo que se rija por el dictado social, ni por la tendencia imperante ni, por supuesto, por razones comerciales. Somos un cuerpo de mujeres y hombres que, formando parte de esta historia, se proponen nada menos que recrear la Historia (con mayúscula) de Jesús para este tiempo. La totalidad del tiempo y el espacio para significar una gratuidad y libertad no contaminadas. Y ahí está la clave, en la libertad y la gratuidad. Sin embargo, lejos de necesitar micros o digitales; titulares o entrevistas... paradójicamente, necesita vida oculta. Tiempos prolongados de silencio y frugalidad; de serenidad y ecología. La vida consagrada, para tener luz, necesita

lucir poco. Porque en cuanto se expone se descentra. No somos noticia cuando sabemos estar al lado de las alegrías y las penas de nuestra humanidad de la que formamos parte, somos esperanza. No somos noticia por nuestra visión de una necesaria transformación social, política y económica, somos justicia. No somos noticia por nuestra aceptación de la diferencia, orientación sexual o identidad afectiva, somos firmes defensores de toda persona. No somos noticia por provocar algaradas, guiar manifestaciones o denunciar la explotación, somos «la voz de los sin voz». No somos noticia por planear la paz, protagonizar acuerdos o transformar estados, somos inconformistas con el poder que oprime. No somos noticia porque nos posicionemos con las ideologías enfrentadas, somos el testimonio de

que es posible una dialéctica de suma y no de división. No somos noticia por nuestra preparación, prestigio o relevancia social, somos el recuerdo de que los valores del Reino son otra cosa. No somos noticia, no queremos serlo, porque triunfen nuestras ideas, nos salgamos con la nuestra e incluso ganemos adeptos, somos el signo de la libertad evangélica que nunca pierde fuerza. No somos noticia por ser fuertes y hacer cosas de fuertes, somos debilidad enamorada que, a veces, muere y diariamente sabe lo que es el martirio de la entrega en silencio. Efectivamente, no somos noticia y no debemos serlo. El brillo de los consagrados

está en el cultivo diario y mimado de los valores que no caducan, en la confianza en la persona, en la seguridad insegura de que Dios cuida la casa y «lo da a sus amigos mientras duermen». Somos el reducto enamorado que, por amor, entendemos el sentido de la vida gastándonos por todos; los que vienen a las puertas, que cada vez tenemos menos miedo a abrirlas, y quienes nos encontramos en las calles que dejan de ser números, para encontrar, muchas veces por vez primera quien los llame por su nombre y con cariño, haciéndolos persona. Somos peregrinos, caminantes, ágiles, viajeros... Tenemos mucha

edad y vamos entendiendo la misión como el acompañamiento de quien no protagoniza, pero siempre está. Somos ingenuos porque seguimos creyendo las palabras... El engaño no nos hace escépticos y volvemos a confiar. Reiteramos, una y otra vez, «no estás lejos del Reino» y así, ensanchamos tienda, abrimos la Iglesia, servimos a la misión. No somos noticia, no debemos serlo. Pero tenemos claro que el Reino no está parado, ni la consagración muerta... basta recorrer como cada día infinidad de hombres y mujeres comienzan la jornada juntos (y nuevos) diciendo, ábreme los labios... Amí, me ayuda no ser noticia.

Nuestra portada

Es un estudio de radio. Frecuentemente, la presencia de los consagrados en los medios de comunicación se remite a acontecimientos excepcionales, sucesos o declaraciones radicales. En conjunto, mensajes alejados del día a día de la consagración. Nos preguntamos si ¿no será noticia que existan comunidades de vida que compartan todo, y todo su tiempo sea para los demás? ¿No será noticia que existan personas que dediquen su día a hablarle a Dios de la paz, del abuso, marginación del hambre, o de los hermanos migrantes? ¿Será noticia dedicar la existencia a amar, solo amar?

Volumen 133. N° 7 Julio-septiembre 2022



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 - Fax: 915 400 066 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 63 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 94 euros ó 102\$ USD.

Otras naciones: 67 euros ó 72\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



- 04** En camino,
Alberto Ares
- 05** Mirada con lupa: Nadia Coppa,
presidenta de la UISG,
Luis A. Gonzalo Díez
- 15** Femenino singular,
Cristina Inogés
- 16** El valor de los conocimientos religiosos
y su incidencia en la vida social y cultural,
Enrique Gervilla
- 20** Hablando en dialecto,
Dolores Aleixandre
- 21** Retiro. La mirada de Dios.
Dejarnos mirar por Jesús,
Álvaro R. Echeverría
- 29** Vivir es así de simple,
José Tolentino de Mendonça
- 30** Imaginación para construir un espacio
comunitario diferente, Luis A. Gonzalo Díez
- 37** “La misión de la vida consagrada
frente a los abusos”,
Dafne Zapata
- 38** ¿Fe o “ateísmo interior”?
José Cristo Rey García
- 45** La sonrisa en la mirada,
Jorge A. Sierra
- 46** Lecturas recomendadas,
Francisco Javier Caballero
- 48** ¡Hagamos que suceda!,
Daniela Cannavina

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,

Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: Araceli López-Pastor, M^a Ángeles González, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: Pixabay - Imprime: Din Impresores.



Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS
JRS EUROPA

El amor como opción

No hace falta hacer uso de las encuestas para saber que el amor es lo que más valoramos. Como toda palabra tan importante y mentada, a veces el uso se desgasta y cada cual tiene su propia percepción de lo que es el amor. Se nos habla de amor en los anuncios de la tele para vender una colonia, o los cantantes de *reggaetón* nos dicen aquello de "mi amor"... se nos habla de amor en los evangelios: "En esto consiste el amor... en que él nos amó primero" (1 Jn 7). De hecho decimos que el amor lo recibimos de otras personas de forma gratuita (nuestros padres, amigos,...) y que nuestra vida es una escuela en la que aprendemos a amar. Solo desde esa experiencia gratuita de amor incondicional una persona

puede crecer sana, madurar, y puede estar en condiciones para escuchar la voluntad de Dios.

La escuela para aprender a amar nos acompaña toda la vida. Todo lo bueno, lo verdadero, lo importante necesita atención, cuidado y acompañamiento. Erich Fromm en su libro *El arte de amar* nos dice como el amor necesita ser ejercitado y vivido. En cierta manera se convierte en una opción de vida.

El papa Francisco en *Fratelli tutti* nos habla de la fraternidad y la amistad social como un medio para reconstruir un mundo herido. Y es que la amistad es uno de los grandes regalos de la vida. Los amigos y amigas nos ayudan a crecer, proporcionando ese espacio de sosiego y seguridad, que nos

invita a dar gracias a Dios por tantas cosas buenas recibidas y también son un espacio de contraste para pulir nuestras aristas y disfunciones. Los amigos animan lo mejor de nosotros mismos, ayudándonos también a aceptar y a no dejarnos bloquear por nuestras limitaciones.

Compañeros y compañeras de camino, que acompasan la marcha a lo largo de los años y que nos alegran el corazón. Dicen que quien tiene un amigo tiene un tesoro, y es así. Pero el amor, y en concreto la amistad es una opción que necesita ser ejercitada.

Ojalá que en este tiempo de verano y de descanso, sigamos optando por el amor, por crecer en amistad, en esta escuela del amor que nos acompaña en nuestra vida.

MIRADA CON LUPA



Nadia Coppa, superiora general de las Adoratrices de la Sangre de Cristo
Presidenta de la UISG

ENTREVISTA

«La realidad nos obliga a redefinir los votos para que marquen nuestra vida y espiritualidad y sirvan al mundo»

Representa a más de seiscientas mil consagradas. Como presidenta de la UISG desempeña un papel de coordinación e impulso de los grandes valores que sustenta la consagración femenina en nuestro tiempo.

Nadia es italiana, una mujer de nuestra era, consciente de la encrucijada en la que se encuentran las consagradas

Luis A. Gonzalo Díez
Director de VR

¿Cómo recibió esta elección y cómo se siente pasados estos primeros días?

En primer lugar, fue una gran sorpresa. Una llamada inesperada que me llenó de alegría. Sentí la confianza de las hermanas que me eligieron y, sobre todo, la gracia de poder servir a la Unión en este momento tan significativo. Este nuevo servicio es una oportunidad más para valorar mi vocación de Adoradora de la Sangre de Cristo y para afirmar la riqueza de la vida religiosa en la Iglesia y en el mundo.

La pluralidad es, sin duda, un don del Espíritu. ¿Existen coincidencias notables en lo que viven las congregaciones y las órdenes femeninas?

Hoy, más que nunca, la vida consagrada está llamada a ser un fuego que enciende otros fuegos y enciende los corazones de otros en la Iglesia y en el mundo con la alegría del Evangelio transmitido y compartido a través de un testimonio radical y creíble. La llamada al servicio de la misión, anima a cada congregación a encontrar formas creativas de responder a las necesidades de este tiempo.

Como nos recuerda el papa Francisco, la vida consagrada está llamada a asumir tres importantes llamadas:

En la sociedad es necesaria la capacidad de las mujeres para educar en la fraternidad universal

- Ser una voz profética con un discipulado que se opone a la cultura del descarte

- Ser una expresión de proximidad y cercanía a través de un amor inclusivo y liberador que crea espacio para las muchas vulnerabilidades que tocan a la humanidad.

- Ser un signo visible de esperanza mediante acciones concretas de solidaridad, participación y compromiso para dar voz a los «sin voz».

La vida consagrada se encuentra en una encrucijada de la Gracia, en un tiempo de grandes transformaciones, y hay muchos retos comunes a las familias religiosas, pero lo esencial, en mi opinión, es la llamada a caminar humildemente y juntos, de forma cada vez más significativa.

¿Percibe signos claros de evolución en cuanto a la

valoración de la mujer en la vida y misión de la Iglesia?

El papel de la mujer, en la Iglesia y en la sociedad, ha ido creciendo a lo largo de los años, con un claro beneficio para toda la comunidad humana.

En la compleja sociedad actual, caracterizada por la pluralidad y la globalización, es necesario reconocer "la capacidad de las mujeres para educar en la fraternidad universal". Según el papa Francisco, "cuando las mujeres tienen la posibilidad de transmitir sus dones a toda la comunidad en su plenitud", la propia sociedad llega a reflexionar mejor sobre la "unidad sustancial de la familia humana".

El Papa califica de "proceso beneficioso" la "creciente presencia de las mujeres en la vida social, económica y política a nivel local, nacional e internacional", y desea que esto ocurra también dentro de la Iglesia.

Y esto es realmente muy alentador. El Papa desea "ampliar los espacios" para tener "una presencia femenina más incisiva". Las mujeres poseen una vocación especial, capaz de hacer nacer y crecer nuevas formas de acogida, con su cuidado de la vida y su convicción de

que el amor es la única fuerza que puede hacer el mundo habitable para todos, pueden hacer mucho para promover la educación para la fraternidad, para superar "la cultura del despilfarro".

La presencia de las mujeres en el diálogo entre confesiones es necesaria, "en el ámbito del diálogo interreligioso" contribuyendo a una mejor comprensión de los retos propios de una realidad

multicultural. Y precisamente por ello, "pueden participar plenamente en los intercambios a nivel de experiencia religiosa, así como en los de nivel teológico". Hay muchas mujeres que están bien preparadas para el diálogo interreligioso al más alto nivel y más allá. Hoy, más que nunca, es necesario que las mujeres estén presentes porque poseen características especiales, como la capacidad de

escuchar, acoger y abrirse generosamente a todos. Es un proceso que se inicia con valor y audacia. Esperamos que se abran más y más perspectivas incisivas.

Es inevitable abordar la cuestión del abuso: ¿estamos respondiendo bien? ¿Está más extendido de lo que imaginamos?

El abuso es una forma grave de injusticia para las víc-



timas, causa heridas que marcan irreversiblemente a la persona, destruye la fe del pueblo de Dios y socava la fiabilidad de la Iglesia y de las propias instituciones y sociedades.

La UISG, ha iniciado, después de la reunión en el Vaticano en febrero de 2019, un camino sistemático y cuidadoso de estudio en profundidad, diálogo y sobre todo de escucha de las congregaciones femeninas para favorecer

un crecimiento global en la forma de abordar el tema con responsabilidad, transparencia y, sobre todo, con prácticas operativas claras que respondan al fuerte empuje proveniente de la Santa Sede.

El itinerario propuesto por las UISG tenía como objetivo:

- Sensibilización de las superiores generales

- Ayudar a las congregaciones de mujeres a comprender la naturaleza del

abuso y, especialmente, las diferentes formas en que se puede abusar de las personas.

De hecho, cuando hablamos de abuso, pensamos inmediatamente en el abuso sexual, pero hay muchas otras formas de abuso que debemos considerar: abuso psicológico, espiritual, emocional... y el abuso de poder que también se ejerce dentro de nuestras congregaciones.

A través de los seminarios web, se han ofrecido impor-



tantes oportunidades de formación.

Como religiosos, dondequiera que estemos comprometidos, debemos asegurarnos de que los niños y los adultos en estado de vulnerabilidad tengan un entorno seguro que garantice su integridad y dignidad.

La reflexión nos ayudó a todas, a las superiores en general, a explorar también las formas de abuso dentro de nuestras comunidades. Abusos que nunca deberían ocurrir.

¿Cree que la vida consagrada femenina ha entendido la propuesta de sinodalidad de la Iglesia?

La dimensión sinodal siempre ha estado presente en la vida religiosa y es una gran riqueza para la Iglesia.

Como mujeres consagradas, estamos llamadas a ser artesanas de la comunión para anunciar la alegría del Evangelio.

Durante la Asamblea Plenaria del pasado mes de mayo, el tema de la sinodalidad fue central en la reflexión de las 700 superiores generales presentes.

El tema, muy interesante y significativo: Abrazar la

vulnerabilidad en el camino sinodal, nos permitió compartir sobre temas de actualidad que tocan nuestras

La reflexión nos ayuda a explorar las formas de abuso dentro de nuestras comunidades

vidas, las de las congregaciones y las del mundo.

En este momento histórico sin precedentes, en el que no faltan los desafíos, era muy importante para nosotros, como superiores generales, tener un espacio para compartir nuestras vulnerabilidades y las limitaciones a las que nos enfrentamos, pero también para seguir madurando una visión común para ser una presencia profética en la Iglesia y en el mundo.

En estos tiempos inciertos y oscuros, la Asamblea Plenaria aportó nueva luz para ayudarnos a leer los acontecimientos mundiales, que han hecho aún más evidente la fragilidad, como oportunidad y transformación. La vida religiosa actual es vulnerable. Estamos viviendo un cambio de época, un proceso de transformación colectiva y global,

y es necesario abrazar la fragilidad como "una realidad a la que Dios nos llama". En una perspectiva sinodal, cuando abrazamos la fragilidad nos fortalecemos para apoyarnos mutuamente y caminar juntos.

La sinodalidad es el camino y el horizonte de la Iglesia: una visión, una pedagogía que nos convierte en una comunidad eclesial al servicio del anuncio del Evangelio que incluye a todos, especialmente a los excluidos, a los que no son escuchados, a los que no tienen voz. Abrirse a los caminos sinodales significa cultivar la comunión en la que Cristo es el centro, el camino, la verdad y la vida.

La sinodalidad nos muestra una forma de vivir y actuar que nos define como comunidad que desea caminar con los demás. Es la naturaleza de la Iglesia, de la vida consagrada. Estamos llamados a reavivar la pasión por la vida consagrada y a crecer en nuestro sentido de pertenencia para poder compartir la riqueza de nuestro carisma con todos.

Desde su punto de vista, ¿se han asumido líneas de

reorganización arriesgadas y evangélicas en las congregaciones?

Las estructuras actuales de la vida consagrada, su organización, su estilo de vida, sus métodos de trabajo... no responden a las necesidades y retos de una sociedad que ha cambiado y está cambiando radical-

mente. Una vez más, debemos intentar convertir la crisis en una oportunidad. El discurso sobre la vida consagrada en la actualidad es delicado; se trata de elegir entre la vida y la muerte. Estamos en una encrucijada de la gracia. Una vez más, la vida consagrada, como siempre en su historia, debe transformarse en una alternativa mística frente a la crisis global. Sin duda en poner a Jesús en el centro de nuestras vidas, en el pobre que nos muestra el camino hacia Jesús, en la encarnación en este mundo que es pagano. Así nace un nuevo paradigma. Sin embargo, hay que tener en cuenta algunas cosas. Esta actitud nos llevará a abordar los problemas que se presentan, a escuchar, a dejarnos interpelar por ellos con una actitud contemplativa y profética, y a incidir en ellos con acciones

concretas. Vive en un mundo nuevo. Ni siquiera es un cambio de época. Es mucho más. La cultura de cristian-

vida y nuestra espiritualidad.

Pero esta realidad es nuestro *kairós* para poder ver una vida religiosa feliz, fecunda y fiel, generadora de vida abundante.

Cuando abrazamos la fragilidad nos fortalecemos para apoyarnos y caminar juntos

dad se acabó. La vida consagrada no puede ignorar los grandes retos sociales y medioambientales que comprometen el futuro de la humanidad. Se trata de que la vida consagrada en el mundo sea verdaderamente evangélica, nazarena, pas-cual, mística, profética.

El gran reto de la vida consagrada no es otro que el redescubrimiento de una forma de vida en la que la persona de Jesús y su proyecto, en un proceso de verdadero discipulado, se convierte en el corazón de todo. Los religiosos tendrán que seguir profundizando en la identidad místico-profética de la vida consagrada al servicio del Reino, desde la Palabra y la eucaristía, y revisar las estructuras en un proceso diario que lleve a la revitalización. Un gran reto es redefinir los votos. Solo entonces marcarán nuestra

¿Qué es lo más urgente para que la vida consagrada tenga porvenir?

Recuperar el testimonio profético de la vida consagrada devolviendo la primacía a la Palabra de Dios. Si la Palabra de Dios no se convierte realmente en la fuente de los proyectos y del sentido de la vida, no se convierte en el fuego devorador y en la levadura que fermenta la vida misma, y la profecía es una ilusión.

A las mujeres consagradas, inmersas en una sociedad compleja y ruidosa en constante transformación, se nos pide que demos cuenta de la esperanza que hay en nosotras, a través de opciones generadas por una profunda escucha de la realidad, con espíritu de discernimiento. Es necesario cultivar un espacio interior, armonioso y unificado que nos permita asomarnos a la oscuridad en busca de signos de una esperanza que no defrauda.

En este momento en que la humanidad está en búsqueda y redibuja laboriosamente los rasgos de su identidad, la vida consagrada debe abrirse a la renovación radical y dejarse interpelar por esta transformación epocal para encontrar nuevas respuestas de sentido. Una profecía "en salida", de esperanza, de comunión, de cercanía, para una vida consagrada que tiene una mirada abierta al

mundo, dispuesta a valorarlo desde la sabiduría de la comunión.

¿Cuál es la mayor preocupación de Nadia como superiora general de su Congregación?

Estamos en pleno proceso de reorganización y simplificación de estructuras.

Sentimos la urgente necesidad de reformar las estructuras, aligerarlas, ponerlas

en función de una auténtica animación. Se trata de estructuras comunitarias, administrativas y pastorales. Necesitamos un cambio profundo como organización porque las estructuras actuales no responden como en el pasado, y es necesario replantear su organización y sus servicios. La reestructuración tiene dos caras: la misión y la vida. Es importante que la vida consagrada,





antes de cerrar comunidades y cesar compromisos y actividades, reduciendo y disminuyendo presencias, piense en unir las fuerzas vivas para que trabajen juntas y compartan la misión en varios niveles. Estas fuerzas pueden provenir de los laicos, de otras congregaciones o instituciones. Es necesario ponerse en marcha para revitalizar una forma de vida que

incluya la misión. Por eso es importante abordar decididamente la intercongregacionalidad en todas las dimensiones y etapas. Debemos partir en busca de nuevas estructuras y bien adaptadas a la vida que palpita.

Debemos aceptar la llamada a vivir en la novedad, cada día, pasando de una vida en común a una comunidad

de vida, rica en relaciones personales de acogida, de diálogo, de discernimiento, de libertad responsable, de preocupación por el otro, de acogida de las diferencias, en la que más que la presencia física vale la común vivencia del Espíritu y la unión de los corazones; de las estructuras que infantilizan a los soportes que forman a la libertad.

¿Qué es lo que más le da esperanza como superiora general?

Básicamente tengo dos grandes razones para la esperanza:

La primera, el deseo creciente de una vida auténtica y profunda que se alimenta de la escucha y, por tanto, de una vida espiritual intensa. Percibo de manera marcada el anhelo de vivir para Cristo, una profunda fascinación por la persona de Cristo que nos dispone a escuchar auténticamente la vida a través de una adhesión amorosa a la Palabra de Dios que nos permite ser receptivos y en profunda apertura al clamor de los pobres.

De hecho, solo la escucha humilde puede hacernos verdaderamente vulnerables, abiertos a los demás, capaces de hacer espacio y abiertos a la hospitalidad. Sin humildad, no hay escucha y, por tanto, no hay posibilidad de caminar con los demás.

Personalmente, creo que escuchar con humildad nos permite reconocer en el otro a una persona de la que podemos aprender, digna de ser escuchada en su totalidad... Una persona que puede transformarme.

Escuchar requiere cercanía, arriesgarse a acortar la distancia, dejarse tocar por la realidad del otro. La escucha es esta capacidad del corazón

abrazando a la humanidad, "tienden el oído al grito de los pobres, escuchando la voz de los últimos" (*Fratelli tutti*).

La vida fraterna es el primer mensaje misionero que la vida consagrada está llamada a anunciar

que hace posible la proximidad.

Percibo en mis hermanas la necesidad de acoger la verdad del otro desde el corazón, dejándose implicar y conmover para que no sean solo ideas las que nos lleguen, sino también experiencias, vivencias... Escuchar es parte de nuestra misión como mujeres consagradas.

La segunda, la vida en comunidad como signo de la novedad del reino. La fraternidad es una fuente de gran esperanza para mí. La experiencia intercultural de nuestras comunidades, cada vez más integradas por hermanas de diferentes naciones, que aportan su propia riqueza cultural y espiritual, es una fuente de gran alegría. Fraternidad/sororidad impregnada de inclusión en el entrenamiento constante de la aceptación mutua. Fraternidades sin fronteras que,

Hay en el corazón de las hermanas el deseo de recuperar, cultivar y profundizar la experiencia comunitaria que se erige como signo en un contexto social fuer-

temente individualista como el nuestro. Lo que surge claramente es el anhelo de fraternidades que sean "escuelas de humanidad", espacios sagrados para la integración de los límites y la potenciación de los dones. En ella crecemos y estamos al servicio del crecimiento de los demás. Creo que la vida fraterna es el primer mensaje misionero que la vida consagrada está llamada a anunciar.

La pasión por la misión que anima el corazón de mis compañeras, pero también de las mujeres consagradas que viven este tiempo de incertidumbre con el corazón palpitante para llegar a todos y dar respuestas adecuadas a estos tiempos difíciles.

Miles de mujeres consagradas nos leen, ¿podría decirles que la vida consagrada tiene futuro, que lo

que están haciendo y viviendo en su comunidad, en silencio, es parte de la profecía de la consagración?

Definitivamente. La vida de una persona consagrada, sea cual sea su condición física, personal y las condiciones del instituto en el que vive, puede intentar ser una vida humana y humanizada. Es la vida de Jesucristo la que indica el camino de santidad que estamos llamados a recorrer los consagrados. Estamos llamados a tener una gran humanidad [...]; a ser humanos, a comprender todas las cosas de la vida, a ser personas que sepan comprender los problemas humanos, que sepan perdonar, que sepan interceder y comprometerse.

La humanidad de Jesús es el modelo para la práctica de

la humanidad de quien vive la vida consagrada. El papa Francisco define la peculiaridad de las personas consagradas como "ser profetas que dan testimonio de cómo vivió Jesús en esta tierra". Es decir: la santidad a la que están llamados es una vocación a vivir su humanidad siguiendo a Cristo y es una dimensión que encuentra en la humanidad de Jesús de Nazaret el modelo al que conformar su humanidad. Se trata de "seguir a Cristo en su humanidad", de aprender de la humanidad de Jesús tal y como surge del testimonio del Evangelio.

La llamada a la santidad debe declinarse como una llamada a ser humanamente santos "nuestros semejantes más perfectamente transfor-

mados a la imagen de Cristo". Esta centralidad teológica de la humanidad de Cristo debe convertirse en centralidad espiritual para renovar profundamente la comprensión y la práctica en lo concreto de la vida cotidiana.

El Evangelio aparece como una escuela de humanidad, y la vida consagrada está llamada a declinarse como una vida humanizada, como una vida de madurez humana y cristiana.

Animo a las miles de mujeres consagradas que están leyendo esta entrevista en *Vida Religiosa* a vivir profundamente y a estar en su lugar y a realizar su misión con sencillez y rectitud, dejando que fructifique la gracia que nos viene del Bautismo. **VR**





Apapachar

CRISTINA INOGÉS SANZ

LAICA. TEÓLOGA. COMISIÓN METODOLÓGICA DEL SÍNODO DE OBISPOS

En Méjico, cuando te apapacha alguien, significa que te acaricia con el alma y es el abrazo que sobrepasa, con mucho, el contacto físico.

Se puede apapachar con un abrazo tradicional y también con la mirada, apretando una mano, guiñando un ojo, incluso con un *WhatsApp* que no suene a frase de autoayuda. Un simple “no estás solo, estoy aquí”, apapacha bastante.

Todos necesitamos que se nos apapache de vez en cuando. Quien crea que puede vivir sin ello, o no ha amado nunca, o tiene miedo del amor, o es de plástico, o todo a la vez. Cuando hablo de amor me refiero al amor, sencilla y profundamente.

¿Por qué tenemos tanto miedo a ese sentimiento? ¿Por

qué nos causa tanto recelo amar y ser amados? Es frecuente que las parejas no se digan más que de vez en cuando que se aman para “no agobiar”, según dicen. Es verdad que el amor no se expresa solo con palabras. Hay gestos y detalles que lo manifiestan, pero “no suena”. Y el amor tiene que sonar.

En la vida cristiana solemos tener al amor un tanto espiritualizado como si el gozo terrenal fuera la antesala del infierno. Eso es un error y creo que lo cometemos porque vinculamos el amor dos formas del mismo casi exclusivamente: eros y ágape. Olvidamos que la amistad es una forma de amor absolutamente libre y que entra dentro de una de las múltiples formas de apapachar. Mostrar necesidad de amor, de ser amados, no es debili-

dad; puede que, en algún momento, manifestemos así nuestra vulnerabilidad, pero, ¿es que acaso la vulnerabilidad no forma parte de nuestra condición humana? Me atrevo a afirmar que sí.

Entramos en tiempo de descanso, reposo, desconexión. Tal vez sea el momento oportuno para aprovechar y pensar en cómo amamos y nos dejamos amar. En un mundo ávido de serenidad, de paz, de aceptación e inclusión de lo diferente, sería interesante que el amor “sonara” y, para que suene, habrá que empezar a aprender a apapachar. Ir más allá, más lejos, más hondo en el amor-amor, sin espiritualismos que lo sublimen, ni eros ni ágapes que lo encasillen.

Feliz verano. Buen descanso y déjate apapachar. Por Dios y por quien quieras.



El valor de los conocimientos religiosos y su incidencia en la vida social y cultural

Sin información sobre contenidos cristianos es imposible entender hoy el sentido profundo de nuestra sociedad y de nuestra cultura

Enrique Gervilla Castillo

Catedrático. Facultad de CC. de la Educación. Univ. de Granada

Annte la aplicación de la nueva Ley de Educación en España, en la que la clase de Religión queda muy infravalorada, es importante reflexionar sobre la importancia que tienen los conocimientos religiosos, al margen de la fe, en la formación personal de los alumnos, así como en su incidencia en la vida social y cultural.

El proceso creciente de secularización y el desprestigio actual de la fe cristiana hacen que todo lo relacionado con lo religioso sea infravalorado y hasta despreciado sin distinción alguna. Y es importante saber diferenciar las creencias y vivencias cristianas de los conocimientos. No es posible tener fe sin conocimientos, pues nadie puede creer en lo desconocido, pero sí es posible poseer tales conocimientos sin creencias, ni vivencias religiosas. Es ilógico despreciar un todo sin la separación y el análisis de cada una de sus partes, pues una o varias de sus partes pueden ser de gran valor, junto al descrédito de otras.

INCIDENCIA DE LOS CONTENIDOS RELIGIOSOS

El cristianismo en Europa y en gran parte de América, así como el catolicismo en España, ha sido el fundamento y la raíz de múltiples conocimientos y creencias, sin cuyo conocimiento es imposible la interpretación de nuestro tejido social y cultural. Hoy, como ya sucediera en tiempos de la Ilustración, el error se repite al no separar adecuadamente *la mena de la ganga*, los conocimientos religiosos, propios de la cultura, de su vivencia religiosa. Como diría una comparación ya famosa, pretendieron lavar el bebé en la jofaina, pero cuando la



Se considera lo religioso como vivencia individual o algo ancestral

vaciaron al terminar el lavado, sin darse cuenta, tiraron el bebé junto con el agua sucia.

Esta general infravaloración religiosa, mayor aún entre los jóvenes, ha deparado un cierto pasotismo e incluso rechazo a todo lo religioso, al ser considerado solo como

vivencia individual, o bien como algo ancestral e innecesario, o incluso perjudicial, para el bienestar personal y el progreso social. Tal ignorancia religiosa ha ocasionado un analfabetismo personal, social y cultural, pues el análisis y valoración del hecho religioso ocupa un lugar significativo en la comprensión de las distintas manifestaciones sociales, morales, culturales, literarias, plásticas, musicales, etc. Este analfabetismo cultural religioso es cada día más generalizado. Los elementos fundamentales de la fe, que antes sabía cualquier niño, son cada vez menos conocidos. Ya en el año 1990, Victoria Camps, catedrática de Ética de la Universidad de Valencia, constató este nivel de ignorancia, posiblemente aumentado en nuestros días: “Nuestra sociedad ha pasado de la educación del nacional- catolicismo a la asepsia religiosa más absoluta (...). Ahora un buen número de nuestros estudiantes universitarios son puros analfabetos en temas de religión” (1990, p. 130).

La cultura occidental está fundamentada e impregnada de conocimientos cristianos, por lo que la ignorancia de las mismas ocasiona una ceguera e ignorancia cultural, que dificulta el desarrollo del ser humano, pues éste sin cultura y sin educación, no es totalmente humano, o solo lo es genéticamente. El caso de los niños lobo es una prueba de ello. Con toda razón decía Zubiri que el hombre, al existir, se encuentra con la tarea de “tener que hacerse” (1944, 436), una tarea esencial e ineludible en la que la cultura forma parte fundamental de la misma, pues nacemos humanos, pero no humanizados; personas, pero no personalizados; sociables, pero no

socializados. Este proceso de humanización no es posible sin la formación cultural, pues hay conductas que sólo se aprenden en relación con los otros. Somos herencia (trama), pero también medio social (urdimbre).

CONSECUENCIAS CULTURALES

Este desconocimiento de contenidos básicos cristianos imposibilita también el entendimiento de múltiples manifestaciones culturales, pues la pintura, la escultura, la arquitectura, la música, la literatura de la Antigüedad, de la Edad Media y buena parte de la Contemporánea, son narraciones y representaciones de contenido religioso: vidas de santos, escenas bíblicas, imágenes de sacramentos, de procesiones, retratos de papas y obispos, etc. Son tantas las manifestaciones culturales relacionadas con la fe cristiana que sin su conocimiento cualquier ciudadano será un analfabeto cultural. En concreto, no entenderá una visita en el Museo del Prado y en tantos otros museos; será “ciego” ante el estilo de cualquier catedral, no entenderá la iconografía religiosa, ni múltiples textos literarios, no comprenderá el contenido de cantidad de canciones, etc. Sin conocer la Biblia no es posible leer con pleno sentido a Lope de Vega, a Santa Teresa, a S. Juan de la Cruz, ni admirar los cuadros de El Greco o las vidrieras del pintor ruso Marc Chagall, o bien escuchar los oratorios de Bach o Haydn, etc., etc.

La cultura occidental está impregnada de conocimientos cristianos

REPERCUSIONES EN LA VIDA SOCIAL


No menos importantes son tales conocimientos en la vida social: el calendario actual se fundamenta en santos y fiestas religiosas populares,



costumbres y modos de vida, creencias y ritos cristianos. E igualmente muchas tradiciones y costumbres: la Navidad con sus villancicos y escenificaciones, la Semana Santa con multitud de imágenes en las calles, la fiestas patronales de pueblos y ciudades, el sentido de la muerte, los ayunos de la cuaresma, así como la gastronomía relacionada con tales tiempos, e igualmente la vida de las asociaciones, congregaciones y órdenes religiosas dedicadas a las misiones, a la enseñanza y a los servicios sociales, etc.

En consecuencia, pues, nuestra sociedad y cultura occidental, se quiera o no, está sustentada y conformada tan profundamente de

conocimientos cristianos que es imposible una comprensión en profundidad de la misma sin tener en cuenta el punto de referencia religioso. Lógico, pues, que personas sin fe, se interesen por los conocimientos cristianos, dada su vigencia social y cultural.

En consecuencia, pues, los conocimientos religiosos, al margen de la polémica confesional, del nombramiento y titulación académica del profesorado y de cómo estos deben estar presentes en el currículo escolar, forman parte esencial de la formación integral de los alumnos, así como de su proceso educativo, conducente a una mejor y mayor humanización, personalización, culturización y socialización. 



Dolores Aleixandre
SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Ceñirse y otras rarezas

El primer síntoma de que algo empezaba a moverse en la vida consagrada de antes del Concilio, fue que allá por los años 60 del siglo pasado, llegó de Roma la recomendación de que las novicias hiciéramos ejercicio. El permiso provocó conmoción y nos lanzamos eufóricas a la cancha de baloncesto, pertrechadas de nuestro atuendo deportivo que consistía en remangarnos hasta la cintura la falda del hábito (debajo llevábamos una saya negra) y sujetarla con un imperdible XL, método que ya usábamos para las limpiezas. Cuando tocaba la campana de final de partido, las faldas retornaban a su posición, el imperdible al bolsillo y a otra cosa mariposa. Mariposas sofocadas en este caso, porque volvíamos al trabajo o a la capilla tal como estábamos, solo lavándonos la cara (¿quién dijo ducha?) con mucho cuidado para que no se reblandeciera la toca almi-

donada que llevábamos a modo de capota.

Esta experiencia fue una excelente preparación para entender después la orden del Señor al profeta Jeremías: “Cíñete” (Jer 1,17), un gesto que equivalía en Israel a disponerse para acometer un trabajo, un viaje o un combate. En nuestra cultura quizá lo más parecido sería el “fajarse” de los toreros, o sea, lo contrario de la flojera, el descuido o la imprevisión (sería impensable que un torero saliera a la plaza con guayabera, bermudas y chanclas).

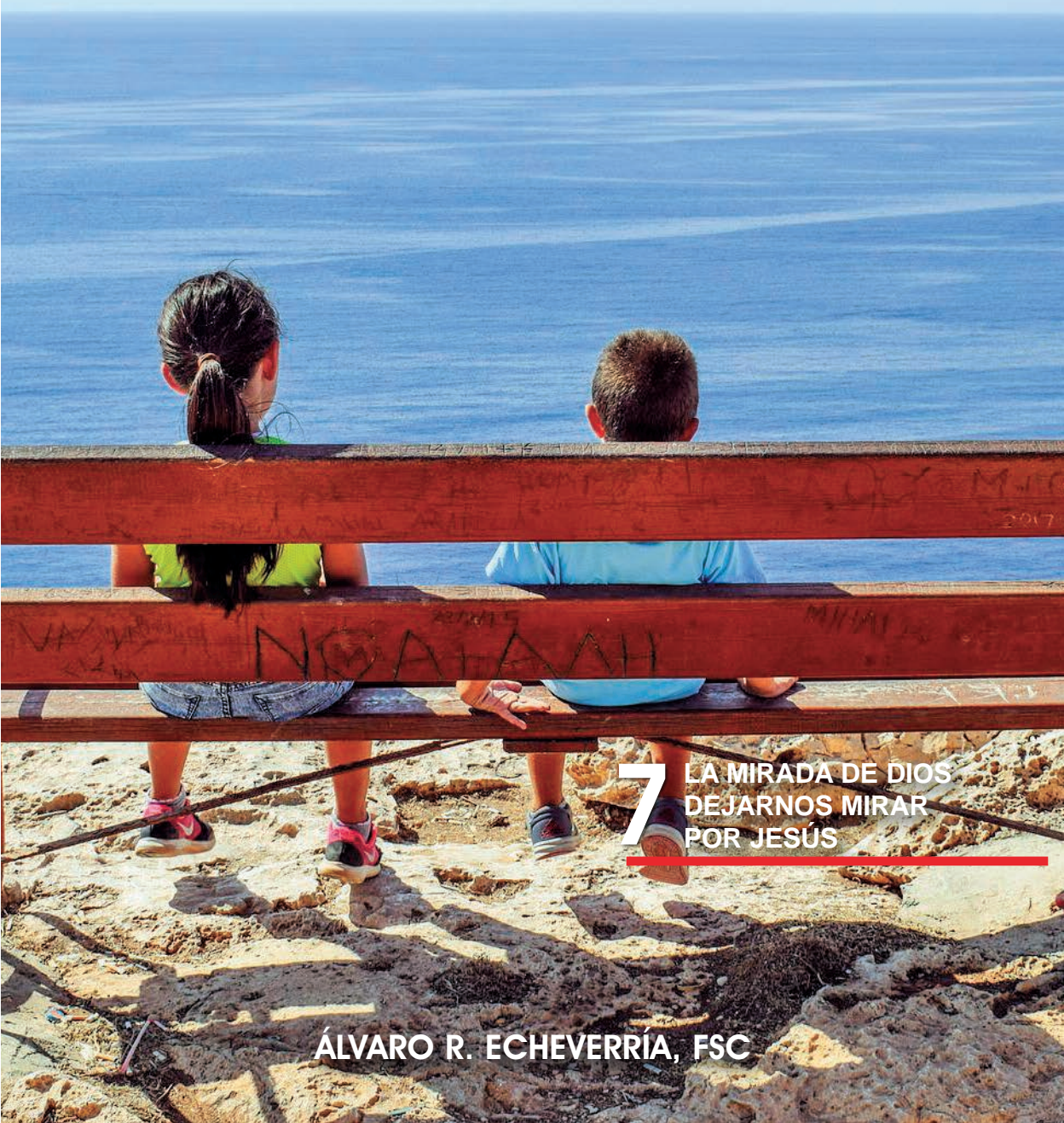
El primer ceñimiento que viene a la memoria es el de Jesús ciñéndose la toalla en el cenáculo, pero hay también en la primera carta de Pedro una expresión extraña que recomienda (traduzco literalmente) “tener bien ceñidos los lomos de vuestra dianoa” (1Pe 1,13). Como dianoa significa en griego pensamiento, intención, propósito, mente, razón discursiva, resulta muy sugerente

esta propuesta de “ceñimiento”. Porque todos sabemos lo propensos que somos a que se nos desparramen los pensamientos y lo expuestas que están nuestras buenas intenciones a infectarse con búsquedas mezquinas y retorcidas, más peligrosas que la viruela del mono. Y no digamos cuando nuestra razón discursiva se erige en reina y señora de nuestras vidas.

Afortunadamente tenemos ejemplos significativos de lo contrario: Carlos de Foucauld, haciendo oídos sordos a mensajes razonables tipo: “Vaya vida desperdiciada e inútil que llevas, colega...”, y ciñéndose el cinturón que le empujaba a hacerse “hermano universal” y mantener abiertas las puertas de su corazón y de su vida. Ahí están Francisco y Clara de Asís, desvestidos de los ropajes de su tiempo y ceñidos por la alegría de la pobreza. Y todos esos hermanos y hermanas nuestros en países precarios o en conflicto, arremangados y firmes para permanecer donde están, *atados* por el cariño y la fidelidad al Evangelio y a la gente.

Y como la carta a los Colosenses aclara que el mejor *ceñidor* es el del amor (Col 3,14), ya sabemos en qué fondo de armario encontrarlo. Y ya no queda más que sacarlo, ponérselo bien ajustado y, ya que lo llevamos, mejor que sea de colores alegres.

RETIRO MENSUAL



7

LA MIRADA DE DIOS
DEJARNOS MIRAR
POR JESÚS

ÁLVARO R. ECHEVERRÍA, FSC

LA MIRADA DE DIOS DEJARNOS MIRAR POR JESÚS

Los ojos deseados, que tengo en mis entrañas dibujados (San Juan de la Cruz).

Esos ojos que tuvieron también dibujados en las entrañas Juan, Andrés y Pedro, tal como nos lo presenta el Evangelio de Juan en el capítulo I versículos 35 a 42. Es un texto que debemos leer con el corazón y en el que ocupan el primer lugar las miradas. La escena del seguimiento de aquellos dos discípulos que dejan a Juan el Bautista y siguen a Jesús está atravesada de manera muy viva por el intercambio intenso de miradas: de Juan hacia Jesús (v. 35); de Jesús a los dos discípulos (v. 38); de los discípulos a Jesús (vv. 38-39). El evangelista utiliza verbos diferentes, pero todos cargados de distintos matices, de intensidad; no se trata de miradas superficiales, distraídas, fugaces, sino más bien de contactos profundos, intensos, que parten del corazón, del alma. Es así que Jesús, el Señor, mira a sus discípulos y nos mira a nosotros; es así también que nosotros deberíamos aprender a mirarlo a Él. De manera especial es bello el verbo que abre y cierra el pasaje: “fijar la mirada”, que significa literalmente “mirar dentro”.

Tal vez el centro del pasaje se encuentra precisamente en el movimiento de Jesús; primero Él camina, luego se vuelve y se detiene, con la mirada, con el corazón, en la vida de los dos discípulos. Jesús “se vuelve”, es decir, cambia, se adapta, deja su condición

de antes y asume otra. Jesús aquí se nos revela como Dios encarnado, Dios que ha descendido en medio de nosotros, hecho hombre. Se ha vuelto del seno del Padre y se ha dirigido a nosotros.

Es bello ver cómo el Señor nos hace participar en sus movimientos, en su propia vida; Él, de hecho, invita a los dos discípulos a “venir a ver”. No se puede estar detenido cuando se ha encontrado al Señor; su presencia nos pone en movimiento, nos hace levantar de nuestras viejas posiciones y nos hace correr. Tratemos de recoger todos los verbos que hacen referencia a los discípulos en este pasaje: “siguieron” (v. 37); “le seguían” (v. 38); “fueron... vieron... se quedaron con Él” (v. 39).

La primera parte del pasaje se cierra con la experiencia bellísima de los primeros dos discípulos que se quedaron con Jesús; lo han seguido, han entrado en su casa y se han quedado allí con Él. Es el viaje de la salvación, de la verdadera felicidad, que se ofrece también a nosotros. Basta solamente con aceptar quedarse, con ser firmes, decididos, estar enamorados, sin ir de acá para allá, hacia uno u otro maestro del momento, uno u otro nuevo amor de la vida. Porque cuando está Jesús, el Señor, cuando hemos sido invitados por Él, realmente no hace falta nada (*Lectio divina*, Orden de N. S. del Monte Carmelo, <ocarm.org>).

La oración juego de miradas: la oración de Jesús

La oración es encuentro con Jesús. Es dejarme mirar por él y mirarlo a él. Como nos dice el papa Francisco se trata de un juego de miradas. Pero esas miradas no nos encierran en nosotros mismos ni nos dejan alejados de los demás en un narcisismo egoísta. En la oración no sólo me encuentro con Dios

sino con mis hermanos y hermanas. Cuando rezo por otra persona la veo con otros ojos. Me libero de prejuicios y la veo con los ojos de Dios; esto hace que entre nosotros nazca una relación nueva. En la oración me siento profundamente unido al otro de forma que mis sentimientos están incluidos, pero también superados. Albergó nuevas esperanzas para el otro y frecuentemente, mientras oro, pienso en lo que podría decirle o escribirle. La oración lleva a una evolución en la relación y estimula la fantasía hacia un encuentro nuevo y más intenso...

Henry Nouwen comprendió lo que significa orar por los demás durante una estancia en un convento de trapenses. Orar significa, en primer lugar, purificar el propio corazón para dejar sitio a los demás. Nouwen escribe: “¿Cómo puedo conseguir que alguien forme parte de mi oración si en ella no hay sitio donde se pueda estar libre y tranquilo? Si siempre estoy lleno de prejuicios, celos y cólera, quien entre resultará herido. He visto la necesidad de construir un espacio en mi interior para invitar a los demás y poderlos así ayudar a curarse. Orar por los demás significa acogerlos y escuchar sus deseos y sus sufrimientos. La compasión supone, por lo tanto, un autoexamen que ayuda a alcanzar una especie de bondad y amabilidad interior. Si dentro de mí hubiera bondad y amabilidad –si tuviera un corazón de carne y de sangre y no de piedra, una pequeña habitación donde poder caminar libremente con los pies desnudos– Dios y mi prójimo se podrían encontrar allí. El centro de mi corazón podría convertirse en el lugar donde Dios pudiera escuchar las oraciones por mi prójimo y envolverlo en su amor” (Anselm Grün, *La oración como encuentro*, Narcea, 1997, pp. 65 a 75).

La mejor manera de renovar nuestra oración es la de acercarnos a Jesús orante. Hoy más que nunca la persona atrae más que cualquier teoría. Los Evangelios son claros: Jesús oró. No pretendamos buscar una teología con definiciones precisas y análisis detallados. Jesús sencillamente oró. Porque como ha dicho Joachin Jeremías en frase ya clásica “Jesús nació en un pueblo que sabía rezar” y como hombre fue heredero de esta tradición, y sobre todo porque a pesar de lo poco que sabemos de la oración de Jesús: “lo primero que se observa en los datos recogidos por las diversas tradiciones evangélicas es que la oración no es algo accidental o secundario en la vida de Jesús. Al contrario, hemos de decir que ocupa un lugar esencial e insustituible. La oración acompaña todas las grandes decisiones y los acontecimientos importantes de su vida” (J. A. Pagola).

Jesús ora porque necesita orar. No se trata de una necesidad legalista o jurídica, sino una necesidad interior; una necesidad antropológica profunda. Se trata de una experiencia vital: solamente la conversación con el Padre podía llenar su soledad interior. Los evangelios no resaltan la oración litúrgica de Jesús, sino que el marco preferencial de la

Orar por los demás significa acogerlos y escuchar sus deseos y sufrimientos

misma es la soledad. (cf. Mt 1 4,23; Mc 1,35; Lc 5, 16). Jesús que nos enseña a orar “en espíritu y en verdad” (Jn 4,24), supera la sinagoga y el templo como lugares únicos de oración. Frente a la oración demasiado

“pública” de los fariseos, Jesús nos enseña: “Tú cuando ores, entra en tu cuarto y cierra la puerta.” (Mt.6, 6).

Si nos preguntáramos cuáles son los aspectos más originales de la oración de Jesús, a lo mejor los podríamos sintetizar en estas tres miradas.

Jesús ora porque necesita orar. Solo el Padre llena su soledad interior

- Mirada al Padre: ¡ABBA! Todas las oraciones que se nos han conservado del Señor comienzan con esta palabra. Posiblemente esta palabra sea la más revolucionaria de todo el Nuevo Testamento. Es la revelación de la cercanía de un Dios que escucha nuestras oraciones y nos ama como un padre a su hijo (Mt 7,7-11). “Padre querido, con esta sencilla fórmula la iglesia primitiva recogió el núcleo de la fe en Dios que era la de Jesús ¿Qué significaba esta invocación para la cristiandad primitiva? Pablo lo indica con claridad y concisión en las Cartas a los Gálatas y a los Romanos, en términos diferentes en cuanto a la forma pero de acuerdo a su contenido: “La prueba de que sois hijos es que Dios envió a nuestro interior el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba! ¡Padre! (Gal 4,6). “Mientras que gritamos *Abba*, Padre, el Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Rom 8, 15-16). (Jeremías J., *Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento*, ed. Sígueme, p. 72-73)

Nos encontramos en el corazón de nuestra fe y de la oración cristiana. Es el mensaje y la oración fundamental a los que debemos

permanentemente volver. Y, sin embargo, a veces lo olvidamos. “Hay demasiado moralismo en nuestra predicación. Sermones y homilias enfatizan lo que los hombres han de hacer, en lugar de invitar a celebrar lo que Dios ha hecho por nosotros. Los creyentes acarician la secreta pretensión de guardar los mandamientos para salvarse, en lugar de vivir esos valores porque han sido salvados” (José Román Flecha). Lo anterior lo debemos aplicar a la oración. Se trata de experimentar en Jesús a Dios como Padre con la fuerza del Espíritu. La oración es más don que tarea.

Mirada a la Humanidad: REINO DE DIOS. González Faus nos habla de la “inseparabilidad”, de la “bipolaridad” *Abba-Reino*. “El reino da razón del ser de Dios como *Abba* y la paternidad de Dios da fundamento y razón de ser al reino. Y en esta unidad conservan las expresiones de Jesús toda su originalidad”. De hecho, las palabras Padre y Reino son las que Jesús ha pronunciado más según los Evangelios.

Cuando los discípulos piden a Jesús que les enseñe a orar, Él no les da una iniciación en la contemplación o unos pasos para la meditación trascendental. Jesús simplemente les da el distintivo de la oración cristiana que se resume en esta doble expresión: *Abba*, venga tu Reino. Porque eres Padre, por eso pedimos que venga tu Reino. Todo el Padrenuestro se sintetiza aquí.

- Mirada a los pobres y pequeños: LA BENDICION: “Bendito seas, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla; sí, Padre bendito seas por haberte parecido eso bien” (Mt 11,25-26). El Evangelio ha conservado esta oración de alabanza del Señor Jesús. Jesús no alaba al Padre por las bellezas del

mundo o por las creaciones del pensamiento humano, el arte, o las grandes aventuras políticas. La novedad es la revelación que Jesús nos hace, que el Padre se manifiesta sobre todo en los más pequeños, en aquellos que el mundo desprecia. La oración cristiana debe cambiar la óptica de nuestras miradas. Jesús exulta porque los más pequeños son los privilegiados del Padre”. La oración de bendición de Jesús produce una inversión de valores; no es que niegue que el triunfo, la sabiduría, la belleza del mundo y la creación científica y técnica sean dignas de alabanza; lo que afirma es que sólo la merece cuando se ponen al servicio del bienestar de la gente sencilla. Jesús exulta de gozo ante la novedad de que la gente sencilla sea la privilegiada por Dios” (Ch. Duquoc).

Jesús y nuestra oración

Podemos afirmar que no hay oración cristiana sin la presencia de Jesús. La persona de Jesús, humanidad y divinidad, es camino de oración. En la historia de la espiritualidad de vez en cuando aparece la tentación de prescindir de la humanidad de Jesús. Santa Teresa nos confiesa que en una etapa de su vida cayó en ella, aunque al final dirá: “A mí no me harán confesar que es buen camino”.

“No hay más que un mediador, el hombre Cristo Jesús” (1 Tim 2,5). Jesús es el mediador de nuestra oración. En realidad, la oración cristiana se dirige al Padre por Cristo en el Espíritu. La mediación de Cristo en la oración es ascendente y descendente. Por una parte, alabamos e invocamos al Padre, término de toda oración cristiana, por medio de Jesucristo; por, otra, el Padre nos habla y dialoga con nosotros a través de Jesucristo.

Santa Teresa nos dice que Cristo es libro vivo. Jesús es la Palabra última y definitiva del

Padre. Pero no debemos olvidar que es el Espíritu el que nos permite leer en Cristo esta Palabra: “Nadie puede decir Jesús es Señor si no es en el Espíritu Santo” (1 Cor 12,3). La oración no es más que leer en este libro, que a veces ingenuamente creemos ya conocer. Al fin y al cabo, la pregunta clave es ¿Quién es Jesús? Ya que Él es nuestra medida. “La oración se haría sospechosa si no tuviera como referencia última la palabra del Padre revelada y manifestada en la Humanidad del Hijo, donde hay que aprender a leer con la acción del Espíritu. Dios Padre no tiene otra palabra desde que pronunció, encarnándola, su propia palabra: ‘una Palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma’ (San Juan de la Cruz)” (Cf. *Oración cristiana*, Augusto Guerra, ocd).

El método llamado sulpiciano fue formulado por Olier. Se reduce a tres elementos básicos. Tener a Cristo el Señor, ante los ojos, en el corazón y en las manos. Según Olier, este método expresa la esencia de la vida cristiana: el cristianismo se compone precisamente de estos tres puntos; y todo el método de oración está incluido en: Mirar a Jesús, unirse con Jesús y actuar en Jesús. El primer punto conduce al respeto, admi-

Jesús es el único mediador de nuestra oración

ración y adoración; el segundo a establecer un vínculo con Él; el tercero a una acción que se identifica con la voluntad de Jesucristo.

Tener a Jesús ante los ojos, mirar como Él adora a Dios, glorifica su nombre, de acuerdo con la primera invocación del Padre Nuestro. Es una actitud de adoración. Es al mismo tiempo la forma en la que toda la

Si la oración es un juego de miradas, la presencia de Dios es el fundamento de la misma

persona se llena en silencio de la actuación interior del Espíritu de Jesucristo.

Tener a Jesús en el corazón, y así entrar en comunión, en unión... En esta parte de la oración nos abandonamos a Él para participar en lo que él es y en aquello por medio de lo cual Él nos vivifica. Esta participación y comunicación que Dios nos concede, propiamente se llama comunión, unión; porque Dios a través de ello hace nuestra su riqueza, por medio de la actuación íntima de su Espíritu. La oración llega a ser un momento privilegiado de adherirnos a Cristo, quien derrama sobre nosotros el poder vivificante y transformante de su Espíritu. La segunda parte de la oración se refiere a la invocación del Señor: “Venga a nosotros tu Reino”. “El Reino de Dios viene a nosotros cuando en la oración atraemos al Espíritu de Dios, quien por su poder nos somete totalmente a Sí mismo”.

Tener a Jesús en las manos, es la cooperación, que tiende a la realización de la tercera invocación del Padre Nuestro: “Hágase tu voluntad”. “Tener a Cristo Nuestro Señor en las manos significa querer que su Divina Voluntad se realice en nosotros, Jesucristo tiene que actuar en nosotros y por nosotros”. Aquí suscitamos “buenas resoluciones y pre-

vemos las ocasiones para ponerlas por obra”. Olier le da más importancia al don divino y a la actuación del Espíritu, que, al esfuerzo del hombre, por eso también, en vez de la palabra resolución, prefiere a la palabra cooperación, la cual significa claramente dependencia y sometimiento a la actuación del Espíritu para que se realicen en nosotros sus designios. (Cf. *Sauvage* en : *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique*, col 925 y ss).

Llamados a ser presencia salvífica

Si la oración es un juego de miradas, la presencia de Dios es el fundamento de la misma, el más importante de los elementos que constituyen nuestra oración. Es fácil comprenderlo ya que la oración es una relación que supone siempre un Tú, cuya presencia siempre viva y actuante no hacemos más que actualizar en la oración. Estamos llamados a prolongar la presencia de Dios en nuestras vidas, a ser sacramentos de su presencia.

Podemos pensar en distintos tipos de presencia. Cuando, por ejemplo, en un autobús estoy sumido en una interesante lectura y se sienta a nuestro lado una persona que no conocemos, tenemos la conciencia de estar junto a otro. Pero si en una parada este pasajero baja y otro lo reemplaza nuestra conciencia de la presencia de otro no se modifica significativamente. Lo que nos interesa es la lectura que hacemos. Aún más, y esto es real en ciertos viajes rurales, si la persona es reemplazada con una canasta llena de gallinas o por una caja de frutas, las cosas no cambian para nosotros. Se trata, en este caso de una presencia meramente física, cuantitativa, de una presencia de débil intensidad.

Cuando nuestros hermanos tienen una presencia de débil intensidad en nuestra conciencia, cuando esto se convierte en lo

corriente en nuestra vida cotidiana, tendríamos que pensar que estamos probablemente incapacitados a estar profundamente presentes en Dios en la oración.

En su libro “Entre hombre y hombre”, Martín Buber, habla de un estudiante que vino a pedirle consejo. Buber escuchó su historia y le dio consejos profesionalmente competentes, pero el estudiante después se suicidó. Buber nos pone al tanto de sus angustias. Se hacía la pregunta: de haber estado realmente ahí, presente, atento más allá de lo profesional al estudiante, ¿hubiera sucedido tal desgracia?

Estar presentes al otro es una función de nuestra subjetividad. Somos responsables de la calidad de nuestra presencia. ¡Qué diferentes serían nuestros encuentros si estuviéramos realmente ahí!, ¡qué diferente sería nuestra vida de comunidad, si estuviéramos realmente ahí! Una presencia de calidad es siempre salvífica, como la de Dios. Como nos dice Rahner: “La salvación no significa principalmente un resultado objetivo, sino más bien algo subjetivo, una curación y una realización existencial de la vida”. Para convencernos basta que meditemos en la vida de Jesús de Nazaret revelación del rostro misericordioso y de la presencia amorosa del Padre. La calidad de la presencia al otro tiene un efecto salvífico: sirve para afianzar, asegurar, animar, perdonar, liberar...

En la oración descubrimos una relación triangular básica que la hace depender de la calidad de la presencia a nosotros mismos, a nuestros hermanos, a Dios. La persona actúa como un todo. Cualquier progreso en la manera de estar presente a mí mismo, mejorará la manera de estar presente a Dios y al prójimo. La misma relación se da en los otros dos ángulos del triángulo. La persona

auténticamente presente a Dios en la oración, será, naturalmente, la persona reconciliada que por la calidad de su presencia cura a los demás, la persona idealmente apóstol. Y en la medida que la persona tenga una presencia de calidad, de fuerte intensidad con el prójimo, en esa misma medida se hallará en con-naturalidad presente a Dios y se comprenderá mejor a sí misma.

El teólogo Donald Grey nos dice que “la historia de la salvación es la historia de una PRESENCIA”, llamados a continuar el proyecto de Dios en la historia, solo lo podremos realizar si somos presencia salvífica para los demás. La oración es indispensable para esta tarea.

Como consagrado, consagrada me podría interrogar si me siento, y si las personas con las que me relaciono así lo perciben, como “presencia salvífica” por mi cercanía, por mi capacidad de afianzar, asegurar, animar, perdonar, “misericordiar”. Debemos hacer realidad lo San Pablo vivía en relación a las comunidades por él evangelizadas: “¡Bendito sea Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios del consuelo! Él nos alienta en nuestras luchas hasta el punto de poder nosotros alentar a los demás en cualquier lucha,

¡Qué diferente sería nuestra vida de comunidad si estuviéramos realmente ahí!

repartiendo con ellos el ánimo que nosotros recibimos de Dios” (2Cor 1,3-4).

La presencia de Dios no la debemos reducir solamente a encontrarnos con Él en nuestros hermanos y hermanas, sino

también en la naturaleza. Existe un poema que se canta en la lengua de los indios che-rokees de los Estados Unidos y que dice así: “Un hombre susurró: «Dios, habla conmigo». Y un ruiseñor comenzó a cantar, pero el hombre no oyó. Entonces el hombre repitió: «Dios, habla conmigo». Y el eco de un trueno se oyó. Pero el hombre fue incapaz de oír. El hombre miró alrededor y dijo: «Dios, déjame verte». Y una estrella brilló en el cielo. Pero el hombre no la vio. El hombre comenzó a gritar: «Dios, muéstrame un milagro». Y un niño nació. Pero el hombre no sintió el latir de la vida. Entonces el hombre comenzó a llorar y a desesperarse: «Dios, tócame y déjame saber que estás aquí conmigo...». Y una mariposa se posó

suavemente en su hombro. El hombre espantó la mariposa con la mano y, desilusionado, continuó su camino, triste, solo y con miedo”.

Y no quisiera terminar sin recordar la oración como misión de nuestros hermanos y hermanas mayores como muy bellamente lo dice un documento capitular de una congregación femenina: que en la ancianidad y en la enfermedad estamos llamadas a vivir el aspecto contemplativo de la ministerialidad, ofreciendo nuestra vida y oración como milagrosa debilidad, que pueda llegar a todos los miembros del Instituto y a todos los pueblos (13.2). No podemos olvidar, como nos dice San Pablo, en la debilidad humana se manifiesta la fuerza de Dios.

PARA NUESTRA REFLEXIÓN

- 1) El relato temporal de esta parte del Evangelio, con sus “al día siguiente” nos hace entender que el Señor no es una realidad abstracta y distante, sino que Él entra en nuestros días, en nuestros años que pasan, en nuestra existencia concreta. ¿Me siento dispuesto a abrir a Él mi tiempo, a compartir con él mi vida? ¿Estoy listo a entregar en sus manos mi presente, mi futuro, para que sea Él quien guíe cada “día siguiente” de mi vida?
- 2) Los discípulos realizan un bellissimo camino espiritual, evidenciado por los verbos “oyeron, siguieron, vieron, se quedaron”. ¿No deseo, yo también, comenzar esta bella aventura con Jesús? ¿Tengo los oídos abiertos para oír, para escuchar con profundidad y así yo también poder dar la misma res-

puesta positiva al Amor del Padre que desea llegar a mí? ¿Siento nacer en mí el gozo de poder comenzar un camino nuevo, caminando detrás de Jesús? ¿Tengo los ojos del corazón totalmente abiertos como para comenzar a ver lo que realmente sucede dentro de mí y a mi alrededor, y para reconocer en cada acontecimiento la presencia del Señor?

- 3) Pedro recibe un nombre nuevo por parte de Jesús; su vida se ve completamente transformada. ¿Me atrevo, hoy, a entregar al Padre mi nombre, mi vida, mi persona toda, así como es, para que Él pueda generarme de nuevo como hijo, como hija, llamándome con el nombre que él, en su infinito Amor, ha pensado para mí? (*Lectio divina*, Orden de N. S. del Monte Carmelo, <ocarm.org>).



El pintor Yves Klein y Santa Rita

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO ARCHIVISTA Y BIBLIOTECARIO DEL VATICANO

Santa Rita de Casia (1381-1457) es llamada popularmente "patrona de las causas imposibles", lo que la convierte en una figura destacada en la devoción de un sinnúmero de fieles a lo largo de los siglos. Su vida transcurrió de forma sencilla, primero en el ámbito familiar y, tras enviudar, en el monasterio, pero la forma en que pacificó los conflictos y sobrellevó la dura violencia con dulzura la convirtió en protagonista de esa mística que la piedad popular más venera, porque es accesible a la vida cotidiana. Pocos, sin embargo, sabrán que uno de los artistas contemporáneos más importantes, Yves Klein, estuvo ligado a ella con una intensa devoción.

La que quizá sea su principal peregrinación tuvo lugar en febrero de 1961, tras la inauguración de una importante exposición en Alemania. Sin

embargo, Klein ya había acudido al Santuario de Roccaporena al menos dos veces más para pedir su ayuda en momentos cruciales de su viaje. El objetivo del viaje del 61 era entregar un exvoto. El pintor quiso proceder de la forma más anónima posible confiándolo a la monja encargada del monasterio de las Agustinas. El exvoto consistía en una pequeña caja de plexiglás (22 x 15 cm), dividida en tres segmentos que contenían pigmentos de azul ultramarino (azul Klein), pigmentos rosas y pan de oro. En la parte central de la caja se abrió una larga grieta y Klein depositó allí un rollo con siete páginas escritas a mano. Era su confesión de amor y gratitud: "Santa Rita de Casia, santa de los casos imposibles y desesperados, ... concédeme la gracia de que pueda descubrir siempre cosas nuevas en el arte,

cosas cada vez más bellas, aunque no sea digno de ser un instrumento para construir y crear la Gran Belleza. Que todo lo que salga de mí sea hermoso".

Este fantástico exvoto se mantuvo anónimo durante años en la sala de ofrendas del santuario. Hasta que, tras el terremoto de 1979, que afectó considerablemente a la cúpula de la basílica y a los frescos de las paredes, se iniciaron las obras de restauración de ese lugar sagrado. En un momento dado, para suplir la ocasional falta de material, uno de los responsables preguntó a las monjas si, por casualidad, había pan de oro entre los exvotos, y una de ellas recordó el extraño objeto votivo. Cuando lo trajeron, la primera sorpresa fue que, efectivamente, contenía pan de oro muy puro. La segunda, y aún mayor, fue darse cuenta de que era una obra de Yves Klein.



Imaginación para construir un espacio comunitario diferente

Es indudable que algunas cuestiones importantes de la vida, como la comunidad, han cambiado. Aunque quizá más coherentemente tendríamos que decir que ha cambiado nuestra percepción sobre la misma porque hemos cambiado quienes estamos convocados a vivir en ella

Luis A. Gonzalo Díez
Director de VR

Observamos cómo se reiteran llamadas a la construcción de un determinado modelo de comunidad. Algo que, en sí, no existe más que en el imaginario de un recuerdo y unas formas que hoy no existen. Nos falta creatividad para dar forma a estructuras que, siendo verdaderamente nuevas, sean también verdaderamente evangélicas. Hay demasiadas personas en un «entreacto» de silencio, espera, sufrimiento o individualidad como para que el asunto no sea el más grave de los que afectan a la vida consagrada de nuestro tiempo.

Los principios teóricos de confluencia y pertenencia están claros. Por si no fuesen explícitos, los principios canónicos que sancionan el *munus* o las obligaciones que comportan una vida en comunidad también. Y, francamente, ahí no radica el problema, porque la persona de nuestro tiempo sabe perfectamente interpretarlos, adaptarlos o reconstruirlos con cierta “libertad de mercado”. ¡Es tan frágil la línea que separa la objetividad de la subjetividad!

EL LAZO COMUNITARIO

Jorge Freire escribía hace no mucho una reflexión con este título, en el que reivindicando el lazo comunitario, porque las personas somos seres relacionales, sin embargo, no suscribe la visión tradicional y critica duramente aquellas llamadas a un ayer sin sentido. Dice él que «restituir los vínculos comunitarios no exige volver a la tribu.

Pero el malestar de fondo no cesará con buenas palabras. El desarraigo es una dolencia orgánica: sus síntomas son morales, pero sus causas, de índole material, solo se alivian con hechos»¹.

Y a raíz de este artículo, de tinte eminentemente sociológico, podemos deducir que la construcción de las comunidades de vida fraterna, en nuestro siglo, no están exentas de los condicionantes sociales, no los tenemos superados y padecemos las rupturas –como no podría ser de otro modo– que afectan a nuestros contemporáneos.

No se soluciona la ruptura del lazo comunitario con buenas palabras que es la «medicación» que frecuentemente nos ofrecemos. La caída de la comunidad en su percepción valorativa en la vida de los consagrados no se debe a un desencanto con el principio evangélico de compartirlo todo al servicio de la misión; sino a que frecuentemente ese compartirlo todo no se ve, no se experimenta o, si se hace, se manifiesta de manera tan ambigua que no todos y todas son capaces de percibir la gracia y la libertad. No está en crisis la comunidad, pero están agotados muchos grupos humanos que teniendo esta denominación viven lejos de la praxis del Reino.

Las estructuras sociales necesitan hechos para restañar la herida de la ruptura o la falta de equidad; las comunidades consagradas necesitan palpar hechos que les recuerden a sus miembros que la vinculación por la

cual son capaces de someter su libertad a una cadencia de horarios y compromisos merece la pena, sirve a la misión y no solo a un ejercicio de voluntarismo intimista

que termina por construir psicologías dependientes y enfermas.

La paz y la justicia social tiene un punto de partida que es el pan bien repartido. Después vendrá una organización nece-

No está en crisis la comunidad, pero están agotados muchos grupos que se llaman “comunidad”

saría para que ese pan sea constante, para todos y en todas las circunstancias y jornadas. En la construcción de la comunidad evangélica, el punto de partida es el reconocimiento de quienes somos y para qué; qué sueños se mantienen incombustibles en el corazón de cada uno y cada una y qué generosidad ha puesto en sus corazones el Señor de la llamada. Después, y naciendo de ellos y ellas, vendrá un modo de organizar esa gracia, de canalizarla y celebrarla juntos para que signifique, no antes.

UNA CRISIS CONSTANTE Y POLIÉDRICA

La búsqueda de la comunión está tan presente en la vida de las personas, como las experiencias de insatisfacción ante algunas experiencias de vida comunitaria. Podríamos decir que es una crisis constante de crecimiento y búsqueda. También, por qué no reconocerlo, de insatisfacción y debilidad. Es, sin embargo, una crisis poliédrica porque se encarna en la realidad de cada persona que, a su vez, experimenta de diversa manera el afecto o la desafección ante los lazos comunitarios.

Es un argumento simplista el reducir toda la dificultad comunitaria a una falta de fe. Frecuentemente con ese aforismo solemos acallar discrepancias, diagnosticar conflictos no resueltos y zanjar cualquier problema. Otro aforismo equívoco es decir que es cuestión de cada uno o cada una, porque no es así y además únicamente responde a otro (aforismo) histórico, también inundado de falsedad que decía «si quieres, puedes». Porque evidentemente no siempre que quieres, puedes.

No depende de cada uno y no es una cuestión de fe. Cuando estos son los rasgos de la crisis estamos hablando de personas que no están llamadas a la vida en común. Pero cuando están llamadas, dónde está el problema. ¿Es una cuestión moral? Creemos que no. Tenemos un problema estructural que configura y condiciona la existencia del hombre y mujer comunitarios. «Estamos sintonizados en tiempo real; soliloquiamos simultáneamente, sin llegar a escucharnos»². Hay una búsqueda sincera de la comunidad pero no se encuentran paradigmas en el presente. Se buscan en el ayer que los hace, en sí, inoperantes e irreales porque no responden a los hombres y mujeres del siglo XXI que ya han vivido una pandemia. Falta imaginación y creatividad evangélica para reinventar la organización de la comunidad con coordenadas vitales de hoy y, sobre todo, faltan líderes capaces de suscitar, motivar y cuidar una integración real del potencial humano de las personas para construir espacios con posibilidad de vida.

Estamos hablando de una realidad evangélica que tiene que tener siempre muy presente una motivación trascendente. No vivimos en comunidad para hacer cosas o para sacar adelante un guion previamente impuesto. Y quizá aquí esté la cuestión de fondo. La identidad teológica de vida evangélica en comunión con la misión al servicio

del Reino es imprescindible, pero en nuestro presente y en no pocos lugares se sostiene solo en el recuerdo o en la imaginación. Porque lo que las personas tienen

ante sí es la “obligación” de sacar adelante las cosas, atender lo que hay, hacerse pocas preguntas de crecimiento personal y

La paz y la justicia social tiene un punto de partida que es el pan bien repartido



conformarse con relaciones pobres y mediadas en la proximidad de la comunidad local.

EL GUIÓN EN EL QUE SE ESCRIBE LA COMUNIDAD

Todavía resuenan y alegran las palabras de san Pablo VI describiendo la creatividad y valentía de los religiosos para crear espacios de anuncio y transformación. Así ha sido a lo largo de la historia. Así ha sido siempre. ¿Y por qué negarlo? Así es en nuestro presente. Sigue habiendo intrépidos, valientes, abiertos y abiertas; inocentes convencidos del poder maravilloso de la Palabra cuando se integra como la totalidad de la existencia. Pero son pocos, son signo, los y las que rompen con guiones preestablecidos. Casi versos sueltos. La inmensa mayoría de la vida consagrada está perfectamente estructurada e institucionalizada. Organizada como un cuerpo fiel, —por supuesto—, al Reino, pero de manera más explícita y evidente a una estructura de presencias que hay que

atender, sostener y rentabilizar. Esto es lo que se ve y, en buena medida, lo que se vive. Esto es lo que condiciona y, de algún modo, y a mi modo de ver, lo que apaga la frescura de construcciones comunitarias que sean paradigma de libertad y anuncio y, en consecuencia, paradigmas de convocación, integración y posibilidad de las generaciones más jóvenes.

Pudiera estar ocurriendo que lo que nos pasa es que no sabemos salir de un guión asfixiante. Percibimos que falta oxígeno, pero nos puede el miedo a imaginar otros pastos, otras posibilidades, otros modos de presencia y donación. Efectivamente, sustituir lo que hay, por aquello que no sabemos cómo es, desconcierta a mentes, normalmente racionales, que se han forjado en estructuras seguras (aunque hoy sean muy débiles) de la antigua modernidad.

Hace ya unas décadas que el pensamiento (y discernimiento) no consiste en el sueño de evangelio para la calle, sino en estrategias



de sostenimiento y apuntalamiento de estructuras que hacen agua. Y se nota. Recreamos y damos vueltas a realidades muchas veces caducas, pero nos conjuramos por miedo, a no pronunciar palabras finales o de ruptura. Nos vacunamos para que si se diesen palabras o actitudes que hablen de ese final, queden aisladas o condenadas. Dicho de otro modo, es más fácil llamar infiel a quien propone un cambio, que discernir la oportunidad y gracia que el cambio en cuestión podría traernos. Y esto, en tiempos de sinodalidad, también nos está ocurriendo. No sabe uno bien quién da fortaleza a las estructuras, pero hay engranajes bien ocultos que sostienen de manera inamovible lo que ya no se sostiene con vida.

La comunidad, que recita diariamente los salmos que Jesús usaba para describir el Reino, ha perdido fuerza poética en favor de

estilos de vida más prácticos, convencionales y calculados. Hemos dejado la «poesía» para momentos puntuales de la jornada, siempre y cuando, esa visión «no útil» de la vida llegue a condicionar decisión alguna. Es la visión utilitarista de la consagración: entretenidos y entretenidas, pero en absoluto radicales... Porque eso sería un peligro.

La persona que tiene seguridades en nuestro tiempo tiene una forma calculada de vivir y expresarse. Es la medida. No renuncia a un uso adecuado de los términos de cambio, incluso llega a conocer y fundamentar qué está ocurriendo, pero tiene capacidad para neutralizar cualquier decisión que pudiera responder a los mismos. Nos ocurre frecuentemente a los consagrados. No son desorientados nuestros análisis de la realidad (tenemos cierto gusto intelectual y académico para hacerlos) pero son análisis únicamente de galería o documentales. Lo

importante es que no lleguen a condicionar la vida y las decisiones. Lo importante es que todo siga como está y que dure muchos años.

Y en este guión se inscriben muchas de las comunidades actuales. Nacen y se sostienen para servir no tanto a una búsqueda, cuanto a una historia. Lo importante es que las cosas se sostengan y mantengan. No es tan seguro que en la pretensión se de la evolución y, mucho menos, que las personas convocadas en comunidad para servir a la misión, crezcan. Esta estabilidad de forma y fondo choca con una realidad cambiante y convulsa; choca con la reflexión y evolución de quien diariamente se contrasta con la Palabra. Choca con las necesidades humanas básicas de felicidad, relación y responsabilidad de quien aspira a ser adulto en el seguimiento de Jesús.

EL CASADO, CASA QUIERE

La sabiduría popular sostiene la imprescindible necesidad de que quien empieza una nueva relación, cuide esta con algunos principios geográficos de separación. Desligarse de patrones originales parece imprescindible para que nazca algo verdaderamente nuevo. ¿Y si fuese esto lo que nos está ocurriendo? ¿Y si las dificultades para arriesgarnos a la comunión, horizontalidad y construcción de hogar estuviesen aquí?

Es indudable la necesidad de hacer memoria (deuteronomica, dice el papa Francisco) de la historia de fidelidad en la que se inscribe nuestro seguimiento. Formamos parte de una historia de salvación en la cual han escrito páginas maravillosas quienes

nos han precedido. Afirmo con razón *Vita consecrata*: «¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir!» (VC

110). Y quizá en la historia por construir es donde estemos más perdidos en este presente: Saber dar pasos de riesgo y evangelio para que la libertad esencial de

la consagración se manifieste y haga evidente.

Las relaciones humanas están gravemente afectadas por los ritmos cambiantes y el espíritu de mercado del contexto; por las ideologías impermeables, por la fluidez del momento y las redes sociales; por la historia de inseguridad de este siglo XXI y la pequeña historia personal que, de manera autodidacta, vamos cada uno protagonizando. Hay convicciones de relación, sana dependencia y cuidado, que experimentan un crecimiento ambiguo: máximo reconocimiento y respeto en el discurso, máxima indiferencia en el ritmo diario. Es indudable que, en este contexto, la vida comunitaria está herida y en cierto modo «muda». No se ha manifestado y recreado con las necesidades vitales y evangélicas de este tiempo. Vive de herencias programadas y reiteradas. Se ha paralizado en un ejercicio de funciones y cargos; estilos y responsabilidades que aunque no signifiquen ni digan algo a quienes las viven, se mantienen. No hemos dejado de reunirnos, levantar actas, programar encuentros, asumir cargos... pero es inevitable la pregunta: ¿con qué sentido y utilidad? ¿con qué pasión y vida?

Probablemente estemos necesitados de detenernos y recordar el refrán: el casado casa quiere... Y emanciparnos de un estilo

El compromiso es la construcción de una nueva casa que responda a nuestro hoy

que no es nuestro, y comprometernos en la construcción de una nueva casa que responda a nuestro hoy, nuestras palabras y necesidades, nuestra verdad. Porque somos, los consagrados, desposados para este presente y este contexto. Sin él, se hace inviable tanto la construcción de una vida juntos que sea y anuncie hogar, cuanto la transformación que la presencia de un hogar evangélico provoca en la calle.

LAVARNOS LOS PIES

Desde siempre, nuestra razón de ser ha estado vinculada a dar forma a la respuesta de Jesús a la necesidad de la humanidad. *Vita consecrata* nos recuerda que: «la vida consagrada, al menos en los mejores períodos de su larga historia, se ha caracterizado por este «lavar los pies», es decir, por el servicio, especialmente a los más pobres y necesitados» (VC 75). Es evidente. Es un desplazamiento constante e imprescindible.

Pero en nuestro tiempo tiene un acento que, sin ser nuevo, adquiere una fuerza excepcional. Ese lavar los pies es la construcción del espacio comunitario. Quienes quieran o queramos vivir en comunidad y que esta signifique, sea real y transforme el mundo, primero, antes que nada, hemos de entrar en la praxis de lavarnos los pies entre nosotros. O lo que es lo mismo, pedir la gracia de reconocer a quienes ya están entre nosotros, con quienes compartimos el pan, porque son fuente de vida y rostro real del carisma. Son quienes están a nuestro lado y en nuestra vida para construir una nueva casa. Son quienes, escuchados y aceptados, están dispuestos a edificar algo nuevo. Pero necesitamos dedicar tiempo de calidad a lavarnos mutuamente los pies. **VR**

1 FREIRE, JORGE, *El lazo comunitario*, en diario El País (11.06.2022), 10.

2 *Ibid.*



“LA MISIÓN DE LA VIDA CONSAGRADA FRENTE A LOS ABUSOS”



Acompañar a las comunidades para sanar las heridas del abuso

DAFNE ZAPATA PRATTO

DIRECTORA DEL INSTITUTO DE PROTECCIÓN AL MENOR Y PERSONAS VULNERABLES
UNIV. ANTONIO RUIZ DE MONTOYA (LIMA, PERÚ)

Los abusos en la Iglesia Católica dejan, además de la víctima primaria, un grupo de víctimas secundarias a las que es necesario atender. Entre ellas están los otros sacerdotes, compañeros del acusado, las religiosas de las comunidades en donde se han dado abusos, los fieles etc. Barry O’Sullivan (2018) refiere que entre las consecuencias para sacerdotes (y religiosas) se encuentran crisis existencial, miedo, sensación de traición y desconfianza en las autoridades de la Iglesia. ¿Cuántas veces hemos escuchado a religiosas o sacerdotes dudar de su permanencia en una comunidad, cuestionarse su rol e incluso toda la misión de su congregación? Por ello, es imperioso acompañar no solamente a las víctimas directas sino a toda la comunidad. Los espacios de reflexión y acompañamiento grupal pueden ser una valiosa estrategia en estas situaciones. Un es-

pacio facilitado por una persona externa a la comunidad, con experiencia en terapia o dinámicas de grupo y que trabaje con dos objetivos: ayudar a procesar el impacto que la crisis ha tenido y facilitar la reflexión sobre las prácticas formativas y los estilos relacionales de la comunidad. Esto permitiría poner en cuestión usos contrarios a la cultura del cuidado y la prevención con el fin de modificarlos, pero también tener una mirada compasiva y reflexiva sobre la propia historia (comunitaria e individual) que permita elaborar los temores, dudas frustraciones y cuestionamientos y pensar en nuevas formas de relación y de formación. Suele ser difícil hablar de los problemas de la comunidad con alguien externo, puede generar resistencias y surge la tentación de dejar que “el tiempo cure las heridas”, sin embargo, el silencio solo incrementa el dolor. Por otro lado, la distancia de un pro-

fesional externo posibilita identificar problemas que la comunidad no percibe, ubicar puntos ciegos para poder crecer y cambiar. Es importante, además, entender que estos procesos son largos y complejos por lo que existe el riesgo de que se abandonen en el camino. Mirar hacia dentro no es fácil, pero es necesario si realmente queremos sanar y no repetir la historia. Finalmente, debemos considerar, que si en la comunidad hay víctimas de abuso los procesos de acompañamiento para ellas deben ser separados e individuales, con el fin de no revictimizar. Asimismo, que todos estos procesos de reparación y reflexión, van en paralelo a la formación permanente en temas de poder, abuso, sexualidad y afectividad.

O’ SULLIVAN, B. (2018) *The burden of betrayal: Non-offending priests and the clergy child sexual abuse scandals*. Leominster, UK: Gracewing.



¿Fe o “ateísmo interior”?

Podemos realizar nuestras clases de religión o teología,
nuestras homilías y oraciones o celebraciones,
con gran entusiasmo.

El entusiasmo por unas ideas, unas prácticas,
no nos convierte automáticamente en “creyentes”

José Cristo Rey García Paredes, cmf
Consejo de dirección de VR

LA PREGUNTA

Quienes pertenecemos hoy a la vida consagrada –en cualquier país y continente– nos preguntamos si somos capaces de transmitir la fe. Lo que parecería obvio no lo es tanto. Es evidente que estamos todos ocupados en el servicio a la fe: damos clases de religión, preparamos para los demás, liturgias, oraciones, celebraciones de la Palabra, organizamos encuentros, marchas, peregrinaciones. Podemos incluso tener nuestras agendas llenas. Exteriormente estamos “al servicio de la fe”. Pero ¿qué decir cuando enfocamos nuestra interioridad? ¿Nos habita la idolatría o el “ateísmo interior”?

Podemos realizar nuestras clases de religión o teología, nuestras homilías y oraciones o celebraciones, con gran entusiasmo. También ocurre lo mismo en quienes explican matemáticas, ciencias sociales, o se entregan cuerpo y alma al deporte, y sin embargo, no son creyentes. El entusiasmo por unas ideas, unas prácticas, no nos convierte automáticamente en “creyentes”. La fe es otra cosa. Por eso, me pregunto: ¿existe ateísmo interior entre nosotros, aunque exteriormente seamos hombres y mujeres religiosos?

ATEÍSMO SOCIAL Y CREDIBILIDAD RELIGIOSA

Nuestra sociedad se está acostumbrando a funerales sin referencia a Dios; basta a lo más una alusión al “desde arriba”, que tiene un cierto

impacto psicológico en el momento pero que con el paso del tiempo se difumina y desaparece como foco de interés.

Nuestra sociedad se está acostumbrando a las celebraciones matrimoniales festivas,

bellas, hasta en parajes exóticos, incluso solidarias, pero sin la menor referencia a nuestro Dios. Nacen niños, se celebra su nacimiento, pero sin referencia al Dios Creador y Padre-Madre. Hay un turismo religioso, que no busca el encuentro con Dios, sino la satisfacción de una curiosidad artística, o exótica. . . .

Vemos como normal que personajes relevantes de la ciencia, de la cultura, de la política, del arte en todas sus expresiones, de la economía, del deporte se confiesen no-creyentes.

Asistimos también a un alejamiento progresivo de la fe motivado por la seducción de realidades inmediatas que acaparan la atención de la gente: la crisis económica, la actualidad política y cultural, el ritmo festivo, deportivo, las nuevas propuestas de salud, embellecimiento, distracción, turismo, que la sociedad ofrece. Nuestra sociedad europea, está ya lejos de la fe en Dios, de la fe en Jesús.

La sociedad emergente, las nuevas generaciones son mayoritariamente no-creyentes. Los familiares que, al menos, practican su fe y creen, asisten a este espectáculo con demasiada tranquilidad. Nosotros mismos, con resignación, como si de algo irremediable se tratara. ¿Somos creíbles ante ese fenómeno de increencia?

El ser humano se siente en la oscuridad lleno de miedo ante lo desconocido

LA VIDA CONSAGRADA ¿CONFESIÓN Y ANUNCIO DE LA FE EN EL SIGLO XXI?

No suele ser frecuente hablar de la vida consagrada en la perspectiva la fe:

–El Concilio Vaticano II nos invitó a contemplarnos desde la perspectiva de la caridad: *Perfectae caritatis*. Y nos hemos

lanzado a hacer de la caridad nuestra arma más poderosa: opción por los pobres, atender a los más necesitados, hospitalidad, acogida, cuidado...

- En estos últimos años –ante la situación en que nos encontramos– ha sido también frecuente hablar de la vida consagrada desde la perspectiva de la esperanza. Perspectiva que nos resulta difícil cuando nos sentimos en procesos de receso, decrecimiento, retirada de posiciones apostólicas y un desánimo generalizado. No obstante, las llamadas a la esperanza teológica siguen siendo fuertes.

- Sin embargo, ¡qué poco se habla de la vida consagrada de la perspectiva de la fe y de la transmisión de la fe! Parecemos resignados y un tanto despreocupados de crecer en “fe interior”.

Este tema nos hace formularnos algunas preguntas, que en la medida en que aparecen pueden inquietarnos de verdad:

- ¿Qué significa para nosotros la fe? ¿Cómo la entendemos y la vivimos?

- ¿Existe entre nosotros una crisis de fe generalizada o eso que se ha dado en llamar “el ateísmo interior”, aunque exteriormente hablemos de asuntos religiosos, de evangelio, de nuevas teorías teológicas? ¿Somos mujeres y hombres de una fe vigorosa –como apóstoles y profetas– o de una fe débil y dudosa?

- ¿Cómo abordamos las crisis de fe? ¿Qué medios ponemos? ¿Qué iniciativas para crecer en la fe existen entre nosotros?

LUZ Y VISIÓN

Los seres humanos estamos dotados de visión gracias a nuestros ojos. Nuestro cuerpo puede ver. Necesitamos ojos que “Dios

hizo para ver y no solo para llorar”. La ceguera, la falta de visión nos sitúa en un mundo muy restringido, nos cercena nuestra capacidad de contacto con la realidad. Pero de poco nos sirven los ojos si no hay luz exterior, que le permita a nuestros ojos contemplar la realidad que se despliega ante ellos: una realidad inmensa, interminable que siempre trae novedades, espacios, cosas y personas desconocidas. Comprendemos que una de las características más importantes del Mesías fuera que “daba la vista a los ciegos”.

La noche, la tiniebla, la oscuridad nos vuelven ciegos, aunque tengamos ojos. Aunque siempre es verdad lo de aquel refrán iraní: “mirando largo tiempo en la oscuridad, siempre se acaba por ver algo”.

La experiencia de la visión corporal nos sirve de metáfora para explicar el otro tipo de visión o visiones a las que los seres humanos tenemos también acceso: la visión intelectual, espiritual, la visión no solo de lo visible, sino también de lo “invisible”.

Atribuimos a una “iluminación” la posibilidad de comprender qué nos ocurre, porque hemos podido solucionar algún problema o salir de algún laberinto. El artista siente la inspiración como una luz poderosa, que obtiene de la nada una creación literaria, pictórica, escultural, musical...

Hay personas que se saben envueltas en una luz misteriosa y dotadas de sensores interiores que les permiten ver lo que otros no vemos. Por eso, se

habla de la luz de la razón, la luz de la intuición, las luces de la imaginación.

Pero estas luces no colman nuestro deseo. Anhelamos más visión, queremos ver, contemplar, queremos más. Y sospe-

La fe nos hace depender de la Promesa. La idolatría la sustituye por otra realidad



chamos que hay formas todavía superiores de visión. Los teólogos y aun filósofos medievales nos hablaban de la “visión beatífica”. Los apocalípticos nos dicen que el Espíritu tiene siete ojos, que los profetas mayores son los hombres de la visión perfecta. ¡Ver! ¡Ver! ¡Ver! ¿Cuáles serán los límites de la visión?

Los antiguos por eso adoraban al sol. Lo consideraban como Dios. Gracias al sol los habitantes del planeta tierra podemos ver. Los rayos del sol hacen posible la fotosíntesis de la vida. ¡Qué horrible muerte nos sobrevendría si el sol se desorbitase y escapara! Hubo tiempos en los cuales los seres humanos le rogaban al sol, adoraban a sol, pensaban que no había otro dios superior a él. ¡Con tal intensidad sentían la necesidad de la luz! Pero el sol no es capaz de iluminarlo todo. Y, no llega a los ámbitos del espíritu, de la razón, de la imaginación, de la intuición.

El ser humano desea, necesita luz, mucha luz. Detesta vivir en la tiniebla, en la oscuridad. El ser humano ha recibido ojos para ver.

LAS LUCES DE LA CADUCIDAD

Ante todo, debemos situarnos en este tiempo: en esta sociedad líquida, posmoderna, de pandemias y de guerras, de conflictos permanentes –pues formamos sociedades partidas y fragmentadas–.

En la Ilustración (el siglo de las luces) se pensaba que la fe no es luz, sino oscuridad, tinieblas; por eso se adoraba a la diosa “Razón”. Otros han pensado que la fe es “salto en el vacío” romántico, ciego, irracional.

El ser humano –en situación de posmodernidad– se siente en la oscuridad, lleno de miedo ante lo desconocido, y consolado con las pequeñas luces que van iluminando la rapidez y brevedad de su vida. No encuentra el camino hacia horizontes anchos y fecun-



dos que lo alienten y lo desvíen del camino hacia la “nada”. Cuando la llama de la fe se apaga, también todas las demás “luces” pierden luminosidad y vigor y tienen fecha de caducidad.

¿FE EN LAS PROMESAS DE DIOS?

La fe no nos evita la búsqueda, la aventura, la marcha libre hacia el mañana. La fe es un don de Dios y no el fruto de nuestro esfuerzo cognoscitivo. Ese don es la Promesa, o las promesas que Dios nos hace a los seres humanos. La fe es creer y acoger un futuro no esperado, pero sí prometido. La fe nos hace creer que algo bueno, buenísimo nos va a llegar: es la memoria del futuro que adviene, sin que nosotros lo trabajemos.

La fe nos hace depender de la Promesa. La idolatría la sustituye por otra realidad que está a nuestro alcance. El pueblo de Israel cayó en la idolatría cuando se cansó de esperar. Los ídolos son un pretexto para confiar solo en la obra de nuestras manos,

en la multiplicidad de nuestros propios deseos. La fe siempre nos orienta hacia una verdad mucho mayor que nosotros mismos: el porvenir de Dios.

En la vida consagrada confiamos a veces más en “nuestros votos” a Dios que en las “Promesas de Dios”. Nuestro ego narcisista entra en idolatría. Se desconecta de la Promesa de Dios y solo confía en sus propios proyectos. No pocas personas consagradas entran así en el “ateísmo interior”. Hablan de religión para hablar de sí mismas. Están desconectadas de Dios, pero no de su idolatría religiosa. Pueden dar clases de religión, predicar homilías y hacer comentarios bíblicos sin estremecimiento, sin orar, sin conectar con el Espíritu de Dios y de Jesús.

FE EN JESÚS, MUERTO Y RESUCITADO

La fe tiene que ver con el destino mismo de la humanidad. Jesús exclamó: “Yo soy la luz del mundo. ¡Extraña y aparentemente

arrogante pretensión! Pero somos muchos los que creemos que es verdad, que puede ser verdad, aunque no pocos nos tachen de ilusos.

Dios actúa en la historia. Él hizo que un hombre que murió viva y no muera más. Ese hombre, Jesús, murió por nosotros, por amor a nosotros y fue resucitado por Dios para determinar así el destino final de la humanidad y del mundo. En Jesús muerto y resucitado está determinado el destino final de la humanidad, del mundo, de la creación.

Jesús es una persona que se ve y se escucha. Él nos dijo: “Yo soy la verdad”. Quienes le aman comparten la verdad. La fe no nos hace propietarios de la verdad, sino que es la verdad la que nos posee y abraza y nos pone en camino para ser testigos de ella. Quien acoge el don de la fe, descubre espacios nuevos y nuevas relaciones que enriquecen su vida. Su luz ilumina no solo a la Iglesia, sino que también nos ayuda a edificar nuestras sociedades, de modo que caminen hacia el futuro de la esperanza:

“Cuando la fe se aminora existe el riesgo de que también se aminoren los fundamentos de la vida... Si quitamos la fe en Dios de nuestras ciudades, se enfriará la confianza entre nosotros; lo que nos unirá será solamente el miedo; quedaría amenazada la estabilidad” (Francisco, *Lumen fidei*, 55).

La fe es “una lámpara que nos guía en la noche... y esto es suficiente para el camino... ofrece una respuesta bajo la forma de una presencia que nos acompaña” (LF, 57). El porvenir nos viene de Jesús resucitado.

“En unidad con la fe y la caridad, la esperanza nos proyecta hacia un futuro cierto,

que nos coloca en una perspectiva diversa respecto a las propuestas ilusorias de los ídolos del mundo, pero que nos da un nuevo impulso y una nueva fuerza para la vida de cada día” (*Lumen fidei*, 57).

UNA VIDA CONSAGRADA DE LUZ

La resurrección de Jesús en la carne es

una memoria que nos abre constantemente hacia el futuro, el futuro de la creación y de la humanidad.


La enfermedad grave de la vida consagrada no es hoy la

razón, sino la servidumbre ante un yo idólatrico y narcisista. Si queremos sanar, pongámonos en éxodo, en salida desde nuestro yo hacia el “nosotros”.

Nos llamamos religiosos porque nuestra vida está religada y referida permanentemente a Dios, en Alianza con Él. Cuando alguien entra en la Gran Alianza “una vibración se produce en el mundo”.

La fe configura personas con sentido profundo de Dios, capaces de vislumbrar la presencia del Espíritu Santo en las situaciones límite de la existencia humana.

La vida consagrada entra en “crisis cardíaca” cuando se desconecta de Dios. Entonces la misión es mero trabajo; el tiempo es aquel que marcan “nuestras agendas”. Sin embargo, conectados con el Espíritu Santo, todo se vuelve luminoso.

Desde el corazón, desde nuestra interioridad, la fe se proyecta, seduce, se transmite. No solo ni principalmente por nuestras actividades y creatividades que denominamos religiosas. Sin la experiencia interior, la adoración del Misterio, ¡todo es puro cartón! (papa Francisco). 

La vida consagrada entra en “crisis cardíaca” cuando se desconecta de Dios



EVANGELIZADOS PARA EVANGELIZAR

SANTIAGO AGRELO

P.V.P.: 10€
126 páginas
ISBN:
978-84-284-0843-1

“Recibir con alegría la buena noticia que es Cristo Jesús, entregar la llave de la propia vida a Cristo Jesús, dejarnos ungir y llevar por su Espíritu, acoger la misión que el Espíritu nos confía, eso significa dejarse evangelizar. Si nos dejamos, entonces ya no podremos dejar de evangelizar”.



EN LA ESCUELA DE LA LECTIO DIVINA

De Jesús
a los Padres

M^ª PILAR
AVELLANEDA RUÍZ

P.V.P.: 12,50€
206 páginas
ISBN:
978-84-284-0844-8

Cada día, liturgia y vida consagrada, intrínsecamente vinculadas, son el recuerdo de la primacía del Evangelio en nuestras vidas, y signo de lo esencial en la vida de la Iglesia. Esto conlleva un empeño diario por dar prioridad a la escucha de la Palabra, y al gesto litúrgico, constantemente reavivado.



DÉJATE PREGUNTAR POR JESÚS

ÁNGEL MORENO
DE BUENAFUENTE

P.V.P.: 12,50€
194 páginas
ISBN:
978-84-284-0847-9

Este libro es la reflexión sobre algunas de las preguntas que Jesús hace a los suyos, a lo largo de los Evangelios. El autor nos introduce de manera pedagógica, a la manera del texto bíblico, en cuestiones que despiertan la atención sobre la relación que un cristiano debe mantener con Cristo.



FRENTE A LA GUERRA La construcción de un orden mundial justo

MARCIANO VIDAL

P.V.P.: 14€
246 páginas
ISBN:
978-84-284-0848-6

Una obra que aborda una cuestión de actualidad: la invasión bélica de Ucrania por Rusia, iniciada el 24 de marzo de 2022 y todavía en curso. Tal “operación militar especial” tiene la condición real de una guerra de agresión y de invasión. El autor la analiza desde la perspectiva de la Teología moral católica.



Vivir en fidelidad

Jorge A. Sierra

HERMANO DE LA SALLE

DELEGADO DE PASTORAL DEL DISTRITO ARLEP DE ESPAÑA Y PORTUGAL

Hay un pequeño texto del profeta Miqueas (6, 8-15) que siempre me ha resultado iluminador: “Escucha, lo que el Señor te pide es tan solo que ames con ternura, que practiques la justicia, que camines humildemente con tu Dios”. A ese caminar humilde, con Dios, inseparable de las otras dos dimensiones, lo hemos llamado de formas muy extrañas, pero quizás la más completa sea “en fidelidad”.

Cualquier experiencia de vida con Dios comienza con un encuentro con el Dios vivo, que reorienta radicalmente el ser y el actuar, aunque se dé poco a poco. Es, a veces, *irruptiva*, pero siempre necesita de crecimiento, de camino, de fidelidad. Y es que todos estamos necesitados de aprender a vivir en fidelidad. Siempre implica un

esfuerzo –ascesis– para dejar a Dios que sea el protagonista de su obra en nosotros, amoldándonos al ritmo de Dios. Solo se aprende con tiempo y luz del Espíritu Santo.

Desde ahí hay otra forma de amar y de mirar. No solo viendo a Dios como horizonte de sentido, sino en el modo mismo de mirar y de amar. Es un nuevo modo de vivir y de contemplar la existencia, de discernimiento. La vida fiel es experiencia: suscita y desarrolla los órganos de percepción de la realidad: conocer, amar, sentir, todo en uno.

Sabemos que hay inmediatez de Dios, pues es Dios mismo el que se autocomunica, pero nos cuesta tener experiencia directa de la esencia de Dios –aún no estamos en el cielo–. Y, a veces, nuestras mediaciones humanas son paradójicas:

nos acercan, pero a la vez nos ponen obstáculos. Una de esas mediaciones es el “saber”. ¿Alguna vez os ha pasado que al leer la Palabra crees que ya te la sabes? La 1ª Carta de Juan habla de “saber” (“sabéis que tenéis vida eterna”). Pero no es el saber de estar informado. Juan expresa el carácter paradójico de la experiencia fiel: percibimos porque somos trascendidos, sentimos porque somos en referencia a Él.

¿Cómo avanzar en este camino? El mismo movimiento, según la expresión de Miqueas, es ya crecimiento. Cuando la fe cala en nuestro interior, no solo de cabeza sino sobre todo de corazón, se está caminando. Solo así podemos peregrinar humildemente con nuestro Dios, que se nos ha hecho el encontradizo en el camino.



El sabor del cambio

Francisco Javier Caballero, CSsR



ANTONIO BELLELLA CARDIEL (ED.),
SOMOS RELACIÓN. SOMOS EN RELACIÓN.
PCL, MADRID 2022, 318 pp.

Vivir en relación, darnos cuenta de que somos en y con los demás, fue el tema abordado por la Semana de Vida Religiosa. Adentrarse en este tema desde distintos ámbitos no es fácil, sobre todo, cuando a la vida religiosa se refiere. Y es que lo relacional nos constituye y nos configura, nos da vida... y su ausencia genera vértigo y vacío.

En este libro coral que recoge las ponencias de la semana intervienen un nutrido grupo de autores que comparten su

reflexión poniéndola en diálogo con la situación de la vida consagrada en nuestros días. Una visión amplia y sugerente de la cuestión, que responde, sin duda, a las inquietudes del hombre y de la mujer de hoy. Entre los autores encontramos al Card. Aquilino Bocos, Santiago Guijarro, Gonzalo Fernández, Luis M. García, J. C. Rey García, Card. Miguel Ángel Ayuso, M. Carmen Massé, Ricardo de Luis, José Carlos Bermejo, Birgit Weiler, Fray Abel de Jesús, Bert Daelemans, Nurya Martínez-Gayol.



MA^a ANGELES LÓPEZ ROMERO,
SERÁS RECUERDO, SERÁS OLVIDO.
KHA, MADRID 2022, 351 pp.

María de los Ángeles Romero nos desvela una nueva faceta como escritora de novela. Después de varios éxitos en el mundo editorial como *Papás blandiblup. Retrato de las dudas y debilidades de los padres de hoy* (San Pablo, 2009), *Un columpio en el desierto. Lecciones y paradojas sobre cooperación, desarrollo y utopía* (PPC, 2016), y el álbum infantil ilustrado *El abuelo aventurero. Pablo no quiere ir al hospital* (San Pablo, 2019), la autora nos ofrece los entresijos de una mujer que está llegando a los cuarenta y que tiene que afrontar varias noticias, entre ellas, el alzheimer que la visitará más pronto que tarde. El hilo conductor del libro está marcado por la rica personalidad de la protagonista, Dina, una mujer llena de matices, contradicciones, nobleza y afán de superación. Sin duda, una buena novela para perderse y encontrarse este verano.



MARCIANO VIDAL, FRENTE A LA GUERRA.
PS, MADRID 2022, 246 pp.

Desgraciadamente la guerra en Ucrania sigue abriendo informativos y, lo que es peor, aniquilando civiles. En un contexto de posverdad parece imposible conocer, contextualizar y entender qué está sucediendo realmente en este país europeo. El teólogo moralista Marciano Vidal nos ofrece una reflexión equilibrada sobre la invasión bélica de Ucrania y su posible solución. En palabras del autor: “El cristianismo no es una religión para justificar, para apoyar y para mantener el conflicto social. Por el contrario, es una religión en cuyo horizonte reina el ideal de la paz”. La solución pacífica y pacificada del conflicto es un reto de primera magnitud para los agentes internacionales. Un libro para comprender desde el punto de vista ético cristiano lo que sucede y lo que está por venir. Su amplia bibliografía permite al lector seguir indagando en los temas esbozados.

Presentamos un libro necesario que narra —combinando palabras e imágenes— el recorrido artístico y vital de Maximino Cerezo, más conocido como Mino o “el pintor de la teología de la liberación”. Casi a modo biográfico se presentan la vida y las distintas etapas de este conocido artista y misionero claretiano. Sus obras están diseminadas por numerosos templos de América Latina y algunos, los menos, de Europa. Sus pinturas rebosan compromiso ético, denuncian la injusticia social provocada por el hombre y, sobre todo, nos devuelven a un Jesús de Nazaret encarnado, comprometido y en defensa de los más débiles. Toda una experiencia espiritual tejida de ética y estética, de color y compromiso que, por fin, queda plasmada en estas páginas elaboradas con una más que cuidada presentación.



COMUNITÀ DI VIA GAGGIO, MINO
TEKA EDIZIONI, LECCO (ITALIA)
2022, 368 pp.



LUIGI MARIA EPICOCO,
LA PIEDRA DESECHADA.
PAULINAS, MADRID 2022, 185 pp.

El Evangelio está lleno de personajes «no protagonistas» que, sin embargo, son esenciales. Este es un signo inconfundible de Dios, que prefiere siempre el «no protagonismo» para realizar la historia de la Salvación. Toda la vida de Jesús es un intento constante por sacar a la gente de los márgenes y ponerla en el centro. A través de personajes bíblicos marginales como Guejajá, el siervo de Eliseo, la viuda sin nombre de Naín, el profeta «menor» Habacuc, el muchacho que ofrece los cinco panes y los dos peces, los siervos de las bodas de Caná, la mujer con continuas pérdidas de sangre... somos conducidos al corazón del anuncio de Jesús. Igual que ellos nosotros estamos invitados a acoger lo frágil y fecundo de nuestra vida que es el lugar donde el Amor de Dios viene a visitarnos. De ahí la piedra desechada...



La mística de la transformación

DANIELA CANNAVINA

CAPUCHINA DE LA M. RUBATTO. SECRETARIA GENERAL DE LA CLAR

Progresivamente, el Espíritu empuja a la Iglesia hacia una renovación profunda y global. El mismo papa Francisco, luego de un largo camino colegial, acaba de promover la Constitución apostólica *Praedicate evangelium*, con la cual confirma un camino de reforma y reorganización de la curia romana, cuyo principal objetivo desde sus diversos ámbitos de servicio, es el de promover la evangelización y propiciar la conversión misionera, porque «también el papado y las estructuras centrales de la Iglesia universal deben atender la llamada a la conversión pastoral» (EG 32).

Cada paso que vamos dando en este proceso sinodal, nos hace pensar que no habrá verdadera renovación eclesial, si no tocamos nuestras instituciones, la calidad y orientación de nuestras actividades pastorales, así como

la mística y espiritualidad que nos permea, única que hace posible una renovada profecía para el mundo que nos acoge.

Siguiendo la lógica del Espíritu, hoy más que nunca precisamos profundos cambios institucionales y de organización. Ciertamente que todo cambio, tarde o temprano, implica plantearse la renovación de las motivaciones que inspiran las nuevas opciones. ¿Por qué queremos cambiar y para qué queremos cambiar? Dos preguntas de sentido que ayudan a revisitarnos nuestros procesos de discernimiento. “Sin motivaciones arraigadas, vivas y explícitas, ningún grupo humano, institución o sociedad puede subsistir largo tiempo, ni mucho menos renovarse” (Segundo Galilea). Hablar de motivaciones es direccionarnos a lo que el Espíritu le dice hoy a la Iglesia y a nuestras congregaciones. Aún más, toda re-

novación será mística o no lo será. Porque la mística es más que motivación, es una fuente imparable de vida, que nos lleva a superar todo interés mezquino en bien del cuerpo, y la que nos inspira decisiones a favor de causas mayores. La mística mantiene viva la fuerza y la calidad de nuestras opciones y compromisos. La mística nos referencia a Jesús y a la propuesta de vida presente en su Evangelio. Solo desde esta fuente de vida imparable, podremos transformar y mejorar cualitativamente nuestras opciones en sintonía con la realidad—nunca sin ella—, parcela colectiva donde realizamos nuestro seguimiento de Jesús para hacer posible el Reino y develar en el paso a paso el rostro humanado de Dios presente en el rostro de los hermanos y hermanas que acompañan este caminar. ¡Hagamos que suceda!



AULA DE LA VIDA CONSAGRADA PROGRAMA DE FORMACIÓN CONTINUADA

CURSO 2022 - 23

MIRAR – RELEER – ENFOCAR

TRES CLAVES PARA REINTERPRETAR
LA VIDA CONSAGRADA EN NUESTRO TIEMPO

DESCRIPCIÓN

Programa de formación permanente de **carácter sistemático presencial**; consta de **200 horas** (doce módulos y dos ciclos de **conferencias**); se orienta hacia un análisis **realista** y **esperanzado** de la vida consagrada en el momento actual.

DESTINATARIOS

- Personas consagradas de **todas las edades y familias carismáticas**.
- Consagradas/os **jóvenes** que completan su formación inicial.
- Consagradas/os en su **año sabático**.
- Laicas/os **colaboradores**.

DURACIÓN Y DESARROLLO

- Desde el **19 de septiembre de 2022** hasta el **30 de mayo de 2023**, seis horas semanales (lunes y martes)..

+ información



Inscripciones: C/ Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo. 28008 Madrid
+34 91 540 12 73 | secretaria@itvr.org | itvr.org

CONTINUAMOS CON NUESTRA LABOR

EMERGENCIA EN UCRANIA

Las donaciones recaudadas irán destinadas a la población ucraniana desplazada que los **Misioneros Claretianos** están atendiendo en **Ucrania** y **Polonia** para la **compra de bienes de primera necesidad** como alimentación e higiene, medicinas, ropa y gasolina.

CÓMO COLABORAR

Haciendo una transferencia bancaria:

ES06 0049 0631 9627 1008 3391

o entrando en la web:

fundacionproclade.org



PROCLADE
FUNDACIÓN
ONG PROMOVIDA POR LOS MISIONEROS CLARETIANOS